

NADA MÁS QUE LA VERDAD



OSVALDO REBOLLEDA

NADA MÁS QUE LA VERDAD



**“La Verdad en una era de
Emociones y desinformación”**

Osvaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Escrito y editado en **Estados Unidos**

Revisión general: **Kingdom Center – Azusa - California**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGE**

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
La Verdad en tiempo de confusión.....	9
Capítulo dos:	
La Verdad en tiempo de emociones.....	21
Capítulo tres:	
Suena espiritual pero no es la Verdad.....	34
Capítulo cuatro:	
La verdad en la era de YouTube.....	45
Capítulo cinco:	
La teología del TikTok.....	58
Capítulo seis:	
En busca de la Verdad y nada más que la Verdad.....	72

Capítulo siete:

La Verdad permite nada más que el Reino.....87

Conclusión Final.....101

Reconocimientos.....107

Sobre el autor.....109



INTRODUCCIÓN

“Nada me produce más alegría que oír que mis hijos practican la verdad.”

3 Juan 1:4

Personalmente, nunca participé en un juicio importante, pero en los que he visto por televisión, hay una escena que se repite con frecuencia: cuando un testigo es llamado al estrado para dar su testimonio, se le pide que ponga la mano sobre la Biblia y se le interroga con una fórmula solemne: “¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?”. Ante este juramento público, se da por sentado que dicho testigo dirá solamente la verdad.

Hoy en día, es común escuchar frases como: “Tú tienes tu verdad y yo tengo la mía”. Sin embargo, tal afirmación es lógicamente insostenible. Todos podemos tener opiniones, percepciones y razonamientos distintos, pero la verdad no puede tener dos afirmaciones opuestas, porque inevitablemente una de ellas debe ser falsa.

En un mundo gobernado por el relativismo, donde lo bueno se presenta como malo y lo malo como bueno, es profundamente liberador ser un discípulo de Jesucristo, quien dijo de sí mismo: ***“Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6).*** Y al seguirlo a Él, consideramos toda la

Escritura como verdad absoluta, porque Él mismo la reconoció como Palabra eterna e inmutable (**Mateo 24:35**).

Hoy muchas personas aceptan con demasiada ligereza lo que oyen o ven. Toman por verdadero lo que es falso, simplemente porque apareció en un periódico, lo dijeron en la televisión o circula en internet. Si de verdad tuvieran sed de la verdad, no se dejarían engañar con tanta facilidad.

Por otro lado, es comprensible que, en un mundo gobernado por las tinieblas, las personas caigan en el engaño. Pero los hijos de Dios, que vivimos bajo el gobierno de Su Reino, no podemos, o mejor dicho, no debemos, caer fácilmente en la mentira.

“Nada más que la verdad” es un libro que propone una revisión cuidadosa de la doctrina bíblica, en esta era marcada por las emociones y la desinformación. Nace desde la carga espiritual de un maestro de la Palabra que observa con preocupación cómo el discernimiento doctrinal se desvanece, en vastos sectores del cristianismo contemporáneo.

Esta obra no es un grito de desesperación, sino un llamado amoroso, firme y urgente a regresar a los fundamentos de la fe bíblica, en medio de una generación que con frecuencia prefiere lo superficial a lo sustancial, lo emotivo a lo verdadero, y lo popular a lo eterno.

Nuestra generación vive bajo una fuerte tensión: por un lado, la exaltación de las emociones como si fueran fuente

de verdad; y por otro, una cultura informativa fragmentada, veloz, y muchas veces manipulada. En este contexto, la verdad bíblica corre el riesgo de ser diluida, reinterpretada o descartada para dar lugar a discursos más agradables, menos confrontativos y socialmente aceptables.

El apóstol Pablo ya nos advirtió acerca de estos tiempos cuando escribió a Timoteo: ***“Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias”*** (2 Timoteo 4:3).

Como maestro bíblico, he aprendido que una de las mayores necesidades de la Iglesia hoy no es simplemente más información, sino formación. No basta con consumir contenido cristiano si no se desarrolla una comprensión sólida de la verdad revelada en las Escrituras. Por eso, este libro no está diseñado para entretener, sino para edificar. No apunta a complacer al lector, sino a desafiarlo, exhortarlo y, por la gracia de Dios, equiparlo.

Cada capítulo abordará distintas facetas del problema que enfrentamos: el sentimentalismo que distorsiona el mensaje del Evangelio; las ideologías que se infiltran en el púlpito; la confusión doctrinal que debilita la fe de muchos; y el llamado a mantenernos firmes en la Palabra, como columna y baluarte de la verdad **(1 Timoteo 3:15)**.

Analizaré también el rol esencial del maestro en la Iglesia, el peligro de las “nuevas revelaciones” sin sustento

bíblico, y cómo una media verdad puede convertirse en una completa mentira. Toda manipulación de un concepto bíblico para lograr aceptación o justificar ideas puede ser el caldo de cultivo para el veneno espiritual. Veremos de qué manera la sana doctrina no solo informa, sino que transforma a quienes la reciben con temor y reverencia.

No escribo desde la crítica fácil, sino desde la convicción de que la Iglesia de Cristo puede, y debe volver a levantar la bandera de la verdad sin temor y sin vergüenza. La verdad no necesita ser decorada para ser poderosa. Cuando se presenta sin mezcla ni dilución, es suficiente para salvar, redargüir, corregir e instruir en justicia (**2 Timoteo 3:16**).

Mi oración es que este libro sea una herramienta útil en las manos de pastores, maestros, líderes y creyentes que anhelan profundizar en la Palabra, discernir entre lo verdadero y lo falso, y permanecer firmes en medio de la tormenta de confusión que nos rodea. Que el Espíritu Santo nos guíe a toda verdad y nos dé valor para proclamarla con fidelidad y amor, hasta que Cristo venga.

“Haz todo lo posible por presentarte delante de Dios como un trabajador aprobado que no tiene de qué avergonzarse, que enseña debidamente el mensaje de la verdad.”

2 Timoteo 2:15 DHH



Capítulo uno

LA VERDAD EN TIEMPOS DE CONFUSIÓN

“Tú lo has dicho: soy rey. Yo nací y vine al mundo para decir lo que es la verdad. Y todos los que pertenecen a la verdad, me escuchan.

¿Y qué es la verdad? le preguntó Pilato...”

Juan 18:37 y 38

En un mundo donde cada quien parece tener su propia verdad, la pregunta que Pilato hizo a Jesús resuena con fuerza en nuestro tiempo. Aquel gobernador romano, cínico y escéptico, tal vez esperaba una respuesta, pero Jesús no le respondió palabra; quizá porque ya había respondido previamente a sus discípulos, aquellos que pertenecían a la verdad y a quienes se les había revelado como el camino, la verdad y la vida (**Juan 14:6**).

Su pregunta no fue una búsqueda sincera, sino una expresión de resignación ante un mundo plagado de discursos vacíos y de justicia manipulada. Sin embargo, lo más impactante es que Pilato formuló esa pregunta teniendo

delante de sí a la Verdad encarnada. Pero, como muchos hoy en día, no pudo reconocerla, aunque la tenía frente a sus propios ojos.

La Biblia no deja espacio para ambigüedades. La verdad no es un conjunto de ideas, ni una construcción cultural, ni una experiencia individual, ni una emoción interior. En el pensamiento bíblico, la verdad es objetiva, eterna, revelada por Dios y personificada en Jesucristo.

Desde el principio hasta el fin, las Escrituras afirman que Dios es Dios de verdad, que Su Palabra es verdad, y que todo lo que contradice Su naturaleza y Su revelación es mentira, error o engaño. La verdad no cambia con las modas ni se ajusta a las preferencias humanas. Es firme, santa y absoluta.

La verdad, según la Biblia, no solo es un concepto que debe entenderse, sino una realidad que debe vivirse. No se trata simplemente de afirmar doctrinas correctas, sino de caminar en integridad, obedecer los mandamientos del Señor y rechazar todo lo que distorsiona o corrompe Su Palabra.

Por esta razón, en las Escrituras, la verdad y la fidelidad van de la mano. Ser un hombre o una mujer de verdad es ser fiel a Dios, a Su Palabra y a Su carácter. La verdad no se negocia. Se recibe, se guarda y se proclama. El gran desafío es conocerla.

Obviamente, quienes hemos conocido a Cristo creemos que conocemos la verdad. Pero después de muchos años de ser cristiano y ahora como maestro de la Palabra, puedo asegurar que no es tan sencillo. Es decir, conocemos la verdad del Evangelio para salvación, pero la persona de Cristo solo se revela plenamente a través de las experiencias y los procesos de la vida, no solamente mediante el estudio teológico. Por lo tanto, es claro que todos conocemos una medida de la verdad, pero no toda la verdad.

Conocer la verdad es clave para nuestra vida espiritual, porque es lo que nos libera de nosotros mismos, tal como en su momento nos libró de las tinieblas. Jesús dijo: ***“Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32).*** Esto implica que hemos sido liberados de la condenación eterna, pero nuestra libertad será siempre proporcional a la verdad que se nos haya revelado.

Jesús también oró al Padre diciendo: ***“Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17).*** Esta declaración no solo nos enseña dónde encontrar la verdad, sino también qué efecto produce en nosotros. La verdad de Dios tiene el poder de santificar, de separar nuestras vidas para Él, de limpiarnos de toda mentira que el mundo ha sembrado en nuestro corazón.

No hay santidad sin verdad. No hay crecimiento espiritual sin una relación viva con la Palabra. Y no hay verdadera libertad sin conocer y vivir en la verdad. La afirmación de que somos libres por medio del conocimiento

de la verdad no es un eslogan motivacional, sino una gloriosa promesa.

El conocimiento de la verdad, no de cualquier “verdad”, sino de la verdad revelada en Cristo, rompe las cadenas del pecado, de la culpa, del engaño y de la ignorancia espiritual. Muchos buscan libertad a través de ideas humanas, espiritualidades alternativas o experiencias emocionales, pero la verdadera libertad solo se encuentra al rendirse a la verdad revelada por Dios en Su Hijo.

Jesús no vino solo a enseñarnos la verdad; Él es la Verdad eterna. Su vida, Su mensaje, Su muerte y resurrección son la manifestación más clara de lo que es real, eterno y confiable. Tener hambre de la verdad es tener hambre de Cristo; y comer de Él es lo que nos permite cambiar la alimentación del sistema, que es el árbol del conocimiento del bien y del mal. Por eso, cuando nos alimentamos de la verdad, podemos manifestar el Reino.

La verdad, entonces, no es solo un contenido doctrinal, sino una persona de la que podemos nutrarnos. No es solo un mensaje que se predica, es una vida que se entrega. En Cristo vemos la verdad de Dios hecha carne. Por eso, seguir a Jesús es seguir la verdad. Negarlo es vivir en la mentira. Y rechazar Su Palabra es abrazar la oscuridad, aunque algunos pretendan adornar de espiritualidad ciertas filosofías de pensamiento.

Hoy, más que nunca, necesitamos volver a una comprensión bíblica de la verdad. En una generación que

exalta la opinión por encima de la revelación, el sentir por encima del creer, y lo relativo por encima de lo absoluto, la Iglesia debe ser columna y baluarte de la verdad, como declara **1 Timoteo 3:15**. No podemos permitir que el mundo defina lo que es verdadero. No podemos ajustar el mensaje para hacerlo más cómodo. La verdad no necesita ser maquillada; solo necesita ser anunciada con fidelidad y vivida con humildad.

La verdad, según la Biblia, es firme, clara, santa y viva. Es un faro en medio de la oscuridad, una roca en medio del colapso moral, una espada que corta todo engaño, y un bálsamo que sana el alma. Es luz que ilumina el camino, voz que confronta el pecado y alimento que sostiene al espíritu.

La verdad no es fría ni distante; es ardiente, apasionada y transformadora. Es el fuego que purifica y el fundamento que no se quiebra. Y es nuestra mayor responsabilidad como creyentes: conocerla, amarla, defenderla y proclamarla, sin diluirla, sin disfrazarla, sin desviarnos de ella. Decir la verdad, y nada más que la verdad, es nuestra misión en la vida.

Al final de todo, en medio de las corrientes de este siglo, solo una cosa permanecerá: la verdad de Dios revelada a través de Su Palabra y Su persona. Todo lo demás pasará. La opinión popular pasará. Las modas teológicas pasarán. Los líderes carismáticos pasarán. Pero la verdad, esa verdad eterna que en esencia es “Jesucristo”, permanecerá para siempre.

Estos tiempos, tan marcados por la velocidad de la información, la inmediatez de las emociones y una alarmante relativización de la verdad, están produciendo mucha confusión en los hijos de Dios. Como maestro, me siento profundamente consternado por lo que está ocurriendo, y es por esta razón que he determinado expresar mi preocupación a través de este libro.

Nunca antes habíamos tenido tanto acceso a contenidos supuestamente espirituales: sermones, reflexiones, libros y enseñanzas. Sin embargo, paradójicamente, nunca antes habíamos estado tan expuestos a la confusión espiritual. Porque si bien la abundancia de materiales puede ser una gran bendición, si quienes acceden a ellos lo hacen con liviandad, estos mismos contenidos pueden volverse peligrosos y contraproducentes.

La proliferación de mensajes contradictorios, el auge de líderes carismáticos pero sin fundamento bíblico, y el creciente deseo de adaptar el Evangelio al gusto de las masas, han producido una Iglesia fragmentada, débil en discernimiento y muchas veces alejada del corazón de Dios.

Esta realidad no debería sorprendernos. Jesús advirtió que en los últimos tiempos muchos serían engañados. Palabras como: ***“Mirad que nadie os engañe” (Mateo 24:4)***, resuenan con más urgencia hoy que nunca. Pablo, por su parte, nos dejó claro que vendrían tiempos peligrosos, no tanto por la violencia externa, sino por una corrupción interna.

En **2 Timoteo 3:5**, el apóstol describe la naturaleza de las personas en los últimos días. En su advertencia, señala que *“tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella”*. Y luego añade una instrucción directa: *“A éstos evita”*.

Con frecuencia, Pablo utiliza el contraste para enfatizar un atributo que desea destacar. En esta carta a Timoteo, incluye una extensa lista de comportamientos y actitudes pecaminosas, contrarias a la voluntad de Dios, que se manifestarían en los últimos tiempos. Esta descripción es una advertencia clara para nosotros.

Aquellos que tienen una forma de piedad son los que exhiben externamente una supuesta fe. Se presentan como piadosos, pero es solo apariencia. Hablan de Dios, pero con el propósito de engañar y obtener provecho personal. Son destructivos, y Pablo los compara con los magos imitadores de milagros que se opusieron a Moisés, y advierte que, al igual que aquellos, estos solo pretenden confundir a los hijos de Dios (**2 Timoteo 3:8 y 9**).

Sin duda, estos son tiempos de confusión espiritual, de mezcla, de superficialidad, de una fe diluida por emociones y conveniencias personales. Frente a esta crisis, la sana doctrina no es una opción dentro del menú espiritual. Es una necesidad urgente, vital, innegociable.

No se trata de debates teológicos entre estudiosos, sino de la salud del Cuerpo de Cristo. La doctrina no es un adorno

académico: es el cimiento que sostiene nuestra fe, nuestra vida y nuestro ministerio. Cuando ese cimiento es débil, toda la estructura espiritual se desmorona. Cuando la enseñanza se contamina, también se contamina el fruto. Por eso, la Escritura habla de doctrina sana, de una enseñanza pura, íntegra, fiel al corazón del Evangelio, que nutre, fortalece y corrige al pueblo de Dios.

El problema es que en tiempos de confusión, lo falso no siempre se presenta como falso. Lo peligroso no siempre parece dañino. Muchas doctrinas erróneas vienen revestidas de espiritualidad, adornadas con palabras dulces, envueltas en emociones intensas que parecen sinceras. Pero la sinceridad no garantiza la verdad, por eso debemos extremar nuestros cuidados.

Cuando el error se introduce en la Iglesia disfrazado de revelación, el resultado puede ser devastador. La fe se vuelve inestable, el carácter cristiano se debilita y la misión se desorienta. Uno de los enemigos más sutiles de la sana doctrina en nuestro tiempo es la apertura desmedida de los medios digitales. No porque los medios sean malos en sí mismos, por el contrario, pueden ser herramientas muy útiles para la difusión del Evangelio, sino por la mala utilización que muchas veces se hace de ellos.

Sobre este tema escribí un libro titulado “La Iglesia en la revolución digital”, el cual recomiendo leer para obtener un mayor entendimiento de lo que estamos viviendo en este tiempo. Creo que debemos tomar consciencia de lo peligroso

que puede ser ver todo o escuchar todo sin filtrar, de manera espiritual y responsable, cada enseñanza. De hecho, dedicaré también un par de capítulos en este libro a este gran problema que enfrentamos.

Cuando la elección es personal y liviana, la predicación que confronta puede ser rechazada, y la que entretiene sin presionar es aplaudida. Pero la fe no debería edificarse sobre preferencias personales. La Palabra de Dios no fue dada para agradar al oído humano, sino para transformar el corazón. Y esa transformación solo es posible cuando la verdad, por más incómoda que sea, es recibida con humildad y obediencia.

No estoy sugiriendo que la verdad siempre sea amarga o difícil de asumir. Por el contrario, creo que es extraordinariamente agradable y llena de bendiciones. Pero también contiene demandas que, para nuestra carne, pueden ser desafiantes o difíciles de aceptar. Es por esto, que la cruz es la gran barrera que atravesamos para vivir la verdad con plenitud.

Tampoco considero que sea un problema procurar sentirnos bien al recibir una enseñanza. Personalmente, no puedo escuchar a algunos ministros que predicán gritando con enojo, exponiendo la Palabra con un tono de condenación, intimidación y continuas amenazas de maldición. Es decir, creo profundamente que podemos enseñar la Palabra con gracia, sin omitir su verdad completa y sin necesidad de ofender a nadie.

La manera en que enseñamos la Palabra marca la diferencia. Cuando la unción respalda el mensaje, se puede decir toda la verdad sin provocar ofensas, sino verdadera convicción espiritual; sin generar rechazos, sino arrepentimientos genuinos. Una enseñanza puede estar ungida con gracia, y al mismo tiempo, ser absolutamente profunda.

Cuando nuestras sensaciones se convierten en el filtro de la verdad, la fe se torna superficial, inestable y, en última instancia, peligrosa. El Evangelio no fue diseñado para ajustarse a nuestras emociones, sino para moldearnos conforme a la imagen de Cristo. Y eso requiere una base sólida: una enseñanza firme, una doctrina que no se acomode a los tiempos, sino que permanezca fiel a la Palabra eterna de Dios.

La urgencia de la sana doctrina es hoy más intensa que nunca. En un mundo que cambia constantemente, la Iglesia necesita permanecer anclada a la verdad. En una cultura que valora la tolerancia por encima de la fidelidad, el pueblo de Dios debe recordar que no fuimos llamados a agradar al mundo, sino a glorificar a Cristo. En un ambiente saturado de voces, necesitamos discernir cuál es la voz del Buen Pastor. Y eso solo es posible si conocemos Su Palabra.

Pablo le dijo a Tito: ***“Pero tú habla lo que está de acuerdo con la sana doctrina” (Tito 2:1).*** Ese mandato sigue vigente. Pastores, maestros, líderes y todo creyente comprometido con el Reino deben asumir con

responsabilidad la tarea de enseñar, proclamar, vivir y defender la verdad. No porque queramos tener la razón, sino porque sabemos que solo la verdad nos hace libres. Solo la verdad, y nada más que la verdad, puede edificar al Nuevo Hombre.

Este no es el tiempo para callar. No es el momento de suavizar el mensaje. Es el momento de proclamar con claridad, con convicción y con compasión el consejo de Dios. La Iglesia no necesita más estrategias humanas ni modas pasajeras. Necesita volver a la Palabra. Volver a la cruz. Volver al fundamento apostólico. Volver a Cristo, el Verbo eterno, la Verdad encarnada, la única esperanza en medio de tanta confusión.

Si hay algo que este mundo necesita, no es una religión emocional ni una espiritualidad superficial. Lo que este mundo necesita desesperadamente es una Iglesia que arda de pasión por la verdad, que ame la doctrina de Cristo, que viva con discernimiento y que no tenga temor de ser distinta. Porque ser fieles a la verdad en tiempos de confusión no solo es un acto de obediencia: es un acto de resistencia espiritual. Y es también, sin duda, un acto de amor al Señor.

“El amor no se deleita en la maldad, sino que se regocija con la verdad...”

1 Corintios 13:6

En medio de la creciente confusión que marca a esta generación, la Iglesia tiene una responsabilidad ineludible:

levantar con firmeza la bandera de la verdad. No una verdad moldeada por tendencias o sentimientos, sino la verdad revelada por Dios en Su Palabra, encarnada en Cristo y aplicada por el Espíritu Santo.

Cada creyente, y en especial cada líder, debe hacer un compromiso renovado con la sana enseñanza. No es suficiente conocer la verdad intelectualmente; debemos abrazarla con el corazón, vivirla con integridad y enseñarla con fidelidad. En tiempos donde muchos se apartan del camino recto por seguir voces seductoras, debemos recordar que la verdadera seguridad espiritual no está en lo popular, sino en lo eterno.

Que el Señor nos conceda el discernimiento necesario para distinguir lo falso de lo verdadero, la valentía para rechazar todo error, y la gracia para proclamar la verdad con humildad y amor. Porque al final, no se trata de tener razón, sino de ser fieles. Y esa fidelidad a la verdad es lo que glorifica a Dios, edifica Su Iglesia y prepara un pueblo firme, limpio y sabio en medio de una generación engañada. Que podamos, como dice el apóstol Pablo:

“presentarnos ante Dios aprobados, como obreros que no tienen de qué avergonzarse, que usan bien la Palabra de verdad.”

2 Timoteo 2:15



Capítulo dos

LA VERDAD EN TIEMPOS DE EMOCIONES

*“Instrúyeme, Señor, en tu camino
Para conducirme con fidelidad.
Dame integridad de corazón
Para temer tu nombre.”*

Salmo 86:11

En este tiempo, las emociones han tomado el lugar del discernimiento, y los sentimientos se han elevado como árbitros de lo verdadero. En muchas conversaciones, incluso dentro de la Iglesia, se escucha con frecuencia la frase: *“Yo siento que eso no es de Dios”*, como si lo que se sintiera fuera el estándar que determina la voluntad de Dios.

Esta visión emocional de la vida ha permeado la forma en que muchos cristianos se relacionan con la Biblia. En lugar de preguntarse *“¿Qué dice el Señor?”*, muchos se preguntan *“¿Cómo me hace sentir esto?”*, y a partir de esa emoción interpretan la verdad. Pero esta forma de caminar la fe es peligrosa, porque lleva al alma a construir su propia

versión del evangelio, diluyendo el mensaje divino para hacerlo más cómodo a los afectos humanos.

La Palabra de Dios, sin embargo, no es cambiante ni moldeable según el estado emocional del hombre. La verdad revelada en las Escrituras no está sujeta a interpretación emocional, ni a sensibilidad cultural. Es eterna, firme y, muchas veces, confrontativa. No siempre produce una sensación placentera, pero siempre obra para nuestro bien. En contraste, nuestras emociones son volubles, inestables y, muchas veces, engañosas.

Lo que en ocasiones puede parecernos correcto, lo que sentimos como aceptable o bueno, puede no serlo a la luz de la Palabra. El problema está en adecuar la verdad escrita a nuestras ideas o deseos. El rey David, no deseando ser engañado, escribió: ***“Libra mi alma, Señor, de labios mentirosos, y de lengua engañosa”*** (Salmo 120:2). Creo que nosotros hoy, deberíamos sentir ante tantas enseñanzas la misma carga que sintió David ante sus enemigos.

Esta generación pretende confiar en su corazón, pero la Escritura declara: ***“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?”*** (Jeremías 17:9). Confiar en nuestras emociones sin pasar por el filtro de la verdad bíblica es como navegar en un mar embravecido sin brújula ni timón. Puede parecer romántico, pero termina en naufragio espiritual, a menos que nuestra vida esté marcada por una profunda comunión con Dios. Solo entonces podemos confiar en la convicción que produce el Espíritu

Santo. Lo que no está bien es que personas superficiales en su modo de vivir pretendan saber qué es de Dios y qué no, basándose únicamente en la percepción de sus sentimientos.

La exaltación cultural de las emociones ha invadido el púlpito. Hoy se predicán mensajes diseñados para generar una experiencia emocional, más que para formar discípulos. No pretendo generalizar ni meter a todos en la misma bolsa. Gracias a Dios, también hay muchos siervos del Señor que predicán con pasión y con gran sinceridad espiritual. Solo estoy haciendo foco en un problema que no debemos ignorar.

Es por esto que hablo de discernir. No es que no haya buenas enseñanzas, sino que en los medios digitales todo está mezclado. Uno puede tener acceso a una reunión en directo, en cualquier lugar del mundo, y elegir una enseñanza entre miles de predicadores diferentes. Esta gran cantidad de opciones es muy buena, porque nos deja ver una gran riqueza espiritual, pero también han crecido exponencialmente las oportunidades de engaño por parte del enemigo.

Lo que torna esto muy preocupante es que muchos prefieren una palabra para levantar el ánimo, en vez de una verdad que los exhorte al cambio o al arrepentimiento. Lamentablemente, en muchos servicios la medida del éxito espiritual no es cuánta verdad fue proclamada, sino cuánta emoción fue provocada. En tal caso, no se pueden medir resultados espirituales, sino cuánto la gente disfrutó de los servicios.

Lo cierto es que el verdadero Evangelio no siempre nos alienta o nos consuela, sino que también puede llegar a confrontarnos duramente. No siempre nos acaricia el alma; también nos reprende. No siempre aprueba nuestro caminar, sino que muchas veces nos corrige.

El mayor ejemplo de cómo deben manejarse las emociones lo encontramos en nuestro Señor Jesucristo. En Getsemaní, momentos antes de ser arrestado, Jesús experimentó una angustia profunda, hasta el punto de sudar como gotas de sangre, por causa del terror atroz que sentía. En ese momento Él oró diciendo: ***“Padre mío, si es posible, pasa de mí esta copa”*** (Mateo 26:39).

Sus sentimientos eran reales, intensos y humanos. Pero lo que dijo a continuación marcó la diferencia entre la obediencia y la auto-indulgencia: ***“pero no sea como yo quiero, sino como tú.”*** Jesús no negó sus emociones, pero no permitió que ellas gobernaran su obediencia. Su prioridad no era sentirse mejor, sino hacer la voluntad del Padre. Este es el modelo para nosotros: emociones que se expresan, sí, pero que se rinden ante la soberanía de Dios.

Seguir a Cristo no es un camino de validación emocional constante. Es, según sus propias palabras, un camino de negación personal, por eso dijo: ***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame”*** (Lucas 9:23). Esta negación incluye nuestros deseos, nuestra voluntad y también nuestras emociones. No se trata de reprimir lo que sentimos, sino de rendirlo a los pies

de Aquel que sabe mejor que nosotros qué es lo bueno, lo agradable y lo perfecto (**Romanos 12:2**). La cruz no es un símbolo de comodidad, sino de muerte: muerte al yo, a la carne, a la autocomplacencia. La verdadera libertad no se encuentra en seguir el corazón, sino en crucificarlo con Cristo.

Es importante señalar que Dios no está en contra de nuestras emociones o sentimientos. Él los creó. Lloramos, reímos, sentimos gozo, temor, tristeza, y todas estas son expresiones legítimas del alma humana. El problema es cuando las emociones ocupan el trono que solo le pertenece a la Palabra.

Las emociones deben ser siervas de la verdad, no sus jueces. La paz verdadera, la estabilidad emocional y la madurez espiritual no provienen de seguir nuestros sentimientos, sino de amar y obedecer la verdad de Dios. Como afirma el salmista: ***“Los que aman tu ley tienen mucha paz, y no hay para ellos tropiezo”*** (Salmo 119:165). La verdadera paz se halla en el alineamiento con la voluntad de Dios, no en la satisfacción de las emociones humanas.

En estos tiempos de confusión emocional, necesitamos creyentes que sean firmes, que amen la verdad por encima de lo que sienten, que decidan obedecer a Dios, aunque sus emociones estén siendo azotadas por una gran tormenta. El mundo necesita ver una Iglesia que no se mueve con el viento de las emociones, sino que permanece sobre la roca firme de la Palabra.

Esto no siempre será popular, no siempre será bien recibido; incluso será resistido por muchos. Pero esa es la marca de la verdad, suele incomodar al alma antes de elevar el espíritu a nuevas dimensiones. Confronta antes de consolar, y muchas veces hiere antes de sanar. La cruz y el poder de la resurrección trabajan juntos; no puede haber vida de resurrección sin la operación de la muerte al “yo”.

Si queremos conservar una fe pura y una doctrina sin diluir, debemos recuperar la centralidad de la Palabra por encima de las emociones. No se trata de despreciar lo que sentimos, sino de someterlo a lo que Dios ha dicho.

La emoción puede acompañar la fe, pero no puede dirigirla. En un mundo saturado de mensajes emotivos, psicológicos y superficiales, nuestra tarea como creyentes es sencilla pero urgente. Debemos abrir las Escrituras bajo la supervisión y dependencia del Espíritu Santo. Esto implica responsabilidad y un claro deseo de recibir su impartición. Luego sí, debemos creer en la verdad, vivirla con intensidad y proclamarla con pasión, aunque no siempre se sienta bien.

Recibir la verdad espiritualmente es muy diferente a recibirla de forma intelectual o alimática. Muchos creyentes no experimentan transformación real, a pesar de estar expuestos a la enseñanza bíblica, porque reciben la verdad de Dios en el alma, con sus mentes y emociones, pero no en el espíritu.

Este es un asunto crucial en la vida cristiana. La verdad puede ser escuchada, entendida e incluso aceptada intelectualmente, pero si no es recibida en el espíritu, por revelación del Espíritu Santo, no producirá fruto duradero. Pensemos por un momento que eso es precisamente lo que hacen, por ejemplo, los testigos de Jehová o los mormones, quienes utilizan la Biblia, la estudian mucho, pero al final, puedo asegurar que sus doctrinas son diabólicas.

Para que podamos medir los riesgos, notemos que hay tres dimensiones en la recepción de la verdad. Todos hemos sido creados a imagen de Dios, es decir, somos espíritu, pero también tenemos un alma y habitamos un cuerpo (**1 Tesalonicenses 5:23**). Ante esto, cuando hablamos de cómo recibimos la verdad de Dios, podemos identificar tres formas comunes.

En primer lugar, tenemos la recepción intelectual, que está relacionada con nuestra mente o intelecto. Es cuando escuchamos y comprendemos el mensaje bíblico a nivel cognitivo. En esa área podemos memorizar versículos, entender doctrinas e incluso enseñarlas, pero la verdad no ha penetrado más allá del razonamiento. No hay vida espiritual fluyendo desde esa comprensión superficial.

En segundo lugar, tenemos la recepción alímica o emocional, que se produce cuando reaccionamos a la enseñanza a través de nuestros sentimientos. En tal caso, podemos llorar por el mensaje, reírnos, enojarnos o sentirnos indiferentes. Podemos emocionarnos con una canción o

sentirnos tocados por un testimonio. Pero si no hay un cambio en la voluntad ni en la dirección espiritual, esa emoción no producirá ningún fruto.

Jesús habló de esta condición en la parábola del sembrador diciendo: ***“Estos son los que reciben la palabra con gozo... pero no tienen raíz en sí, antes son de corta duración”*** (Mateo 13:20 y 21). Lo que estaba diciendo Jesús es que algunos que escuchan la Palabra son superficiales, no abren su corazón y no tienen profundidad, por tal motivo tampoco tienen raíces capaces de fructificar.

En tercer lugar, tenemos la recepción espiritual, que se produce por la impartición y la revelación del Espíritu Santo. Es cuando la verdad penetra más allá del alma y llega a nuestro espíritu, generando convicción, fe viva, obediencia y transformación interior. Es el tipo de recepción que produce fruto a largo plazo. Jesús dijo: ***“Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida”*** (Juan 6:63). Solo el espíritu regenerado puede recibirlas plenamente.

El apóstol Pablo, un hombre que afirmó haber recibido el evangelio por revelación (Gálatas 1:11 y 12), enseñó lo siguiente: ***“El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”*** (1 Corintios 2:14). Lo que Pablo nos dice es que las personas carnales son extrañas a los principios, gozos y actos de la vida divina. Solo aquellos que son espirituales reciben el conocimiento de la verdad revelada.

Esto implica que alguien puede escuchar una predicación poderosa y, sin embargo, no recibirla realmente, porque no la ha recibido espiritualmente. El hombre natural puede razonar la Biblia e incluso estudiarla, pero sin la obra del Espíritu Santo no comprenderá su esencia divina. La verdad bíblica no es un simple conjunto de ideas; es una realidad espiritual que necesita ser revelada.

Cuando Pedro reconoció que Jesús era el Cristo, el Señor le dijo: ***“Esto no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mateo 16:17).*** Esto nos enseña que el conocimiento espiritual no se obtiene solo por estudio humano, sino por revelación divina.

Muchos creyentes conocen doctrinas correctas, han memorizado versículos y leído la Biblia, pero viven vidas débiles, inconstantes y sin fruto. ¿Por qué? Porque su conocimiento es solo intelectual, no espiritual. Han escuchado la verdad, pero no han sido penetrados por ella. La tienen en la mente, pero la Palabra nunca ha llegado con profundidad a sus corazones.

Cuando la Palabra solo toca las emociones, no produce madurez espiritual ni verdadera transformación. Por el contrario, cuando la Palabra es impartida por el Espíritu Santo, y alguien la recibe espiritualmente, produce obediencia, santidad, humildad, temor de Dios y amor por la Palabra. Jesús no buscaba oyentes emocionales ni intelectuales, sino discípulos que guardaran su Palabra, por eso dijo:

“El que me ama, mi palabra guardará.”

Juan 14:23

La pregunta es: ¿Cómo recibir la verdad espiritualmente? Debo ser sincero, si alguien no es renacido, no podrá hacerlo. Es necesario que la gracia soberana de Dios sea impartida para que una persona reciba la vida de Cristo. Esto no depende de ningún mérito humano, sino exclusivamente de la gracia y soberanía de Dios.

Solo un espíritu regenerado puede percibir las verdades del Reino (**Juan 3:3 al 6**). Sin embargo, una vez que alguien está en Cristo, debe permitir que la vida divina lo transforme por completo, porque la vida es la luz de los hombres (**Juan 1:4**). Si alguien ve, es porque la vida del Señor lo está alumbrando, pero nosotros tenemos la responsabilidad individual de ofrecer un corazón humilde y quebrantado: ***“A éste miraré: al que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra”*** (Isaías 66:2).

El apóstol Pablo nunca se atribuyó la capacidad de otorgar revelación a nadie. Siempre oraba para que los creyentes fueran iluminados por el Señor: ***“para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo... os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él”*** (Efesios 1:17). La Palabra viva es revelada en la intimidad con Dios; no basta con oír o leer, es necesaria la obra del Espíritu Santo en nuestro ser interior.

La obediencia activa abre el espíritu a mayor revelación. ***“El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios” (Juan 7:17).*** A la vida del Reino no se accede por mero conocimiento bíblico ni por experiencias emocionales, sino por la gracia divina, pero portando la vida, obtenemos la capacidad de reconocer la verdad y el poder para ponerla por obra tal como Dios lo demanda.

La verdad que recibimos debe nacer en el Espíritu, renovarnos el entendimiento y conducirnos a una vida transformada. Necesitamos creyentes que no solo hablen de nuevas doctrinas, sino que vean y vivan la verdad. No necesitamos hermanos que solo canten, sino que adoren en espíritu y en verdad **(Juan 4:23)**, gente capaz de vivir la Palabra desde lo profundo del corazón, dando frutos visibles para la gloria de Dios.

Es claro que no podemos evitar que los medios de comunicación difundan tanto lo verdadero como lo falso. La solución no está en prohibir que la gente escuche, como algunos ministros pretenden, ni en sembrar miedo, porque el miedo nunca es una buena herramienta espiritual. Lo que necesitamos es cuidado y entrega total al Espíritu Santo.

Si cultivamos una profunda comunión con el Señor, si somos humildes con Él y le pedimos que sea nuestro Maestro y Guía hacia toda verdad, Él cumplirá Su promesa, porque ya lo ha determinado. Solo debemos creerle y amarlo con verdadera pasión.

En tiempos donde las emociones gobiernan muchas decisiones, la Iglesia está llamada a reafirmar la centralidad de la verdad revelada en la Palabra de Dios. No podemos permitir que lo que “sentimos” determine nuestra fe, ni que los vaivenes emocionales nos alejen de la firmeza, que solo la verdad divina puede ofrecer. Jesús mismo nos mostró que las emociones son reales y válidas, pero deben estar siempre sujetas a la voluntad soberana del Padre.

Recibir la verdad no es un acto meramente intelectual ni un impulso emocional pasajero, sino una experiencia espiritual profunda que transforma el corazón y la vida. Solo el Espíritu Santo puede abrir nuestros ojos para entender y aplicar la Palabra en toda su plenitud.

Por eso, mi invitación en este libro, es a buscar una fe madura, una fe que ama la verdad por encima de las sensaciones, que se aferra a la Palabra en medio de la confusión emocional y que se rinde completamente al Señor. Así, podremos ser una Iglesia sólida, capaz de resistir las tormentas del tiempo, testificando con poder el Evangelio genuino que transforma y salva.

Que cada uno de nosotros, podamos decir con verdadera convicción: *“Señor, enséñame a andar en tu camino, dame un corazón íntegro y temeroso de ti, para que no me deje llevar por lo que siento, sino que camine firme en tu verdad eterna. Que tu precioso Espíritu Santo, me guíe a toda verdad y me dé la capacidad de vivir por ella...”*

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.”

Juan 16:13 y 14



Capítulo tres

SUENA ESPIRITUAL PERO NO ES LA VERDAD

“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo.”

1 Juan 4:1

Hay una pregunta fundamental que debemos hacernos ante todo lo que vemos o escuchamos, por más espiritual que suene: ¿Esto realmente proviene de Dios? Vivimos en una época donde muchas personas tienen hambre de escuchar algo espiritual y diferente, pero el problema es que están comiendo más de la mesa de lo diferente que de la mesa del Señor.

En las redes sociales abundan los “influencers espirituales”, aquellos que hablan de energías, decretos, pactos, conexiones con el tercer cielo y vibraciones del Espíritu. En ambientes de ministerios supuestamente renovados, se ha levantado una avalancha de palabras proféticas, enseñanzas basadas en experiencias personales,

métodos de guerra espiritual y activaciones o imparticiones que suenan profundamente bíblicas... pero que no siempre lo son.

El problema no es el deseo de lo espiritual, sino la falta de discernimiento para saber si algo realmente proviene de Dios. Muchas cosas que aparentan ser piadosas son imitaciones disfrazadas. Y lo más alarmante es que muchas veces no se detectan porque suenan “bien”, mueven emociones y parecen ayudar ante ciertas necesidades personales.

Cuando Juan escribió que no creamos a todo espíritu, sino que los probemos para saber si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo, no se dirigía a los impíos, sino a los cristianos. Fue una advertencia dada a la Iglesia para no caer presa de lo falso, de lo emocional sin fundamento, de lo novedoso sin verdad, de lo impresionante sin esencia. Hoy más que nunca, necesitamos una fe con discernimiento espiritual.

La apariencia de espiritualidad no garantiza autenticidad. La espiritualidad superficial puede ser atractiva, pero no es transformadora. Puede hablar de “Dios”, usar versículos y citar experiencias celestiales, pero estar alejada del verdadero carácter de Cristo. La Palabra debe ser siempre nuestra plomada para saber si estamos caminando en la dirección correcta (**Amós 7:7 y 8**).

El apóstol Pablo expresó su gran preocupación por los corintios. Les dijo que tendrían que tolerar su “locura” o “desesperación”, explicando que era por el celo de Dios que sentía por ellos. Pablo, como todo buen ministro, anhelaba ver a Cristo formado en ellos y a la Iglesia preparada para presentarse pura ante el Señor.

Su temor era claro y estaba relacionado con el engaño que el enemigo seguramente intentaría contra ellos. Por eso les escribió: ***“Pero temo que, como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo”*** (2 Corintios 11:3). En el Nuevo Pacto, Eva representan los sentidos, y seguramente son tan vulnerables como ella lo fue en el Edén.

Como mencioné en el capítulo anterior, nada más que la verdad, nos llama a entender que lo espiritual no debe ser recibido ni interpretado únicamente por medio de los sentidos. Hay muchos hermanos que dicen: *“Siento esto”* o *“siento aquello...”* El problema es que podemos sentir que algo suena espiritual, pero tal vez no sea la pura verdad.

La serpiente en el Edén no atacó a Eva con algo grotesco, sino con una aparente verdad espiritual: ***“¿Conque Dios os ha dicho...?”*** (Génesis 3:1). Hoy la pregunta ha cambiado de forma, pero no de intención, por eso el enemigo interroga: ¿Realmente Dios dice eso sobre el pecado? ¿No es más importante el amor que la doctrina? ¿No estamos en un nuevo tiempo espiritual? ¿Pensar así no es solo legalismo?

Frases como: *“Sigue tu corazón”, “Declara tu realidad”, “No juzgues a nadie”, “Dios nunca te hará sentir mal”, o “Dios quiere tu mejor versión”,* pueden sonar amables y sabias. Pero muchas de estas ideas provienen del humanismo espiritualizado y no del Evangelio del Reino. Como advirtió Pablo, estas cosas ***“tienen apariencia de piedad, pero niegan la eficacia de ella...”*** (2 Timoteo 3:5).

El criterio de juicio no puede enseñarse solo en una serie de mensajes, porque al final queda en el corazón de cada creyente la forma en que juzgará las situaciones. El no juzgar livianamente es un hecho concreto, pero el no juzgar a secas nunca fue dicho por Dios. Muy por el contrario, Jesús dijo claramente: ***“No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio”*** (Juan 7:24).

La única manera segura de discernir qué es de Dios es anclarnos en su Palabra. Todo lo que no esté alineado con las Escrituras debe ser rechazado, aunque suene espiritual, impacte emocionalmente o sea popular. Personalmente, he escuchado muchas “verdades a medias”, y eso es muy peligroso porque puede tornarse en una mentira total.

La experiencia personal nunca debe tener más autoridad que la Escritura. Muchos dicen: *“Lo sentí tan fuerte que sé que era de Dios”, “Tuve un sueño y luego todo coincidió”, o “Este profeta me dijo algo que me estremeció”.* Pero una emoción no es la voz de Dios. Un estremecimiento no garantiza autenticidad. Un sueño puede venir de Dios... o simplemente del subconsciente.

Martín Lutero lo expresó así: *“La Palabra sola es el árbitro y juez de toda doctrina.”* De hecho, cuando tuvo que enfrentar las perversas estructuras de la Iglesia Católica, dijo: *“Las Escrituras me obligan a mantenerme firme en esta posición, pues mi conciencia está cautiva a la Palabra de Dios. No puedo, y no voy a retractarme de nada, ya que no es seguro ni correcto ir en contra de la conciencia. No puedo hacerlo de ninguna otra manera; aquí permanezco, que Dios me ayude, amén.”* Ciertamente, podrían haberlo matado por estos dichos, pero nunca pudieron refutar sus objeciones al régimen, porque siempre se basó en la Palabra de Dios.

Necesitamos entender la firme postura de Lutero si es que pretendemos ser parte de una Iglesia que avanza en la reforma de sus conflictos. Hoy en día tenemos demasiadas diferencias en la Iglesia como para pretender que todos se basan solo en la verdad. Si la Palabra es una sola, y el Espíritu Santo que la inspiró y revela es uno solo, no deberíamos tener tantas diferencias.

Solo porque una iglesia luzca moderna no significa que esté realmente reformada. La clave en una reforma no son los cambios externos, sino el cambio que solo la Palabra puede producir en nuestros corazones para que adoremos solo a Cristo como nuestro Señor. La Palabra bajo el gobierno del Espíritu Santo lo hace todo, no los memes en Facebook, el carisma de algún predicador, el legalismo vestido de piedad, el libertinaje disfrazado de gracia, o cualquier otra cosa semejante.

En su tiempo, el profeta Isaías dijo: ***“¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”*** (Isaías 8:20). El capítulo 8 de Isaías se refiere a la crisis que enfrentaban los reinos de Israel y Judá debido a la amenaza de la invasión asiria. En el versículo 20, Isaías anima al pueblo de Dios a depender de la Palabra como su guía, en lugar de buscar ayuda en las prácticas paganas de los pueblos vecinos.

En ese momento, el pueblo de Dios tenía acceso a la ley de Moisés y a los escritos de los profetas, que les daban pautas sobre cómo vivir según la voluntad divina. Isaías les decía que debían basar sus decisiones y acciones en la Palabra de Dios, porque esa era la única fuente confiable de verdad.

El enemigo siempre ha procurado infiltrarse a través de la mentira. Él sabe que la gente confunde lo sensorial con lo espiritual, por eso intenta respaldar sus engaños con emocionalismo barato. Esto es tan fuerte hoy en día, que en algunos ministerios, si no hay lágrimas, gritos o estremecimientos, se piensa que “Dios no se está moviendo”. Pero debemos entender que no todo lo que parece espiritual está empapado de la verdad.

Como maestro de la Palabra, suelo entregar el mensaje y en general, evito ministrar a los hermanos haciéndolos pasar al frente. Esto no es porque me sea una carga orar por ellos, sino porque he comprendido que muchos pierden la

riqueza de la enseñanza por la emoción de una imposición de manos.

Lamentablemente, muchos no entienden esto y hacen sus reclamos, pero he comprendido que la gente, cuando pasa en busca de ser ministrada, en su mayoría no lo hace enfocada en la enseñanza recibida, sino en sus cuestiones personales. Es decir, no importa qué fue lo que se les enseñó, la gente pasa por su necesidad, no por causa de lo que Dios dijo.

Con mi actitud pretendo romper paradigmas creados a través de costumbres, más que por un entendimiento basado en la verdad. No deseo que la gente pierda lo más importante, que es lo otorgado a través de la Palabra. Tristemente, aun los mismos pastores me reclaman que, después de la enseñanza, ore por la necesidad de la gente, sin entender que en ocasiones, cuando hago eso, solo estoy buscando que no pierdan lo que acabo de entregar como maestro.

Reitero que no tengo problemas en orar por mis hermanos, al contrario, es una bendición poder hacerlo, pero el Señor me ha mostrado cómo el pueblo pierde su bendición en la búsqueda de ver suplidas sus necesidades. El problema es que muchas veces una cosa se contrapone a la otra. Puede que una enseñanza exponga las demandas de Dios a su pueblo y, al finalizar, solo oramos por las demandas del pueblo a Dios, en lugar de llevarlos al compromiso.

Hace unas décadas, en Argentina hubo un avivamiento espiritual muy lindo, y las manifestaciones del Espíritu Santo

fueron contundentes. Una de esas manifestaciones era la caída o una especie de desmayo en las personas. Esto dio lugar a que muchas de esas manifestaciones no fueran más que emociones o sensaciones de la carne.

Personalmente he visto genuinas manifestaciones del Espíritu y he visto burdas imitaciones. Lo cierto es que cada vez que Dios hace algo, el enemigo envía sus engaños. En esa época se pensaba que si la gente no caía, era porque no había unción en quien le oraba, lo cual generaba que algunos ministros empujaran a la gente de una manera obscena y agresiva.

Hasta el día de hoy, algunos hermanos buscan las caídas como una manifestación de la unción de Dios, y piensan que si hay caídas, hay presencia. Lo cierto es que, si después de una enseñanza de la Palabra verdadera es necesario que la gente termine tirada en el piso, es porque no hemos entendido nada. Reitero que creo en las manifestaciones espirituales, incluso más allá de lo que puedo explicar o entender, pero cuidado, no toda expresión corporal o sentimental está vinculada a la verdad.

Las emociones pueden ser parte de la vida cristiana, pero no el centro. Un culto puede ser emocionante y carnal al mismo tiempo. La verdadera espiritualidad produce gozo y quebranto, sí, pero también humildad, transformación y obediencia. Jesús nunca manipuló emociones. Llamó al arrepentimiento con autoridad, no con teatro; por eso dijo:

“El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lucas 9:23).

En tiempos de confusión, la mentira no siempre se presenta como mentira, sino como una nueva dimensión espiritual. Hay personas que hacen “marketing” con su ministerio, es decir, que buscan identificar las necesidades y deseos del mercado, para crear valor y entregar productos o servicios, que satisfagan esas necesidades. Esto, con el objetivo de caer bien y generar lucro personal. Esto es triste, pero es más común de lo que muchos piensan.

“Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas... según los rudimentos del mundo, y no según Cristo”

Colosenses 2:8

Agudizar los sentidos espirituales no es desconfiar de todo ni convertirse en críticos profesionales. Es tener el radar encendido para captar los movimientos espirituales, sean de Dios o del enemigo. Es para detectar si algo, a pesar de sonar muy bien, es o no es parte de la verdad de Dios.

“Pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal”

Hebreos 5:14

Esto que plantea el escritor a los hebreos implica escudriñar la Escritura, vivir en una profunda comunión con

el Espíritu Santo y amar la verdad, aunque duela. Ser humildes para aceptar la posibilidad de ser corregidos y para admitir cuando nos equivocamos.

Como pastores y líderes, debemos formar iglesias que no dependan de personalidades carismáticas, sino de creyentes con criterio bíblico y sensibilidad espiritual. En la era de la “espiritualidad popular”, la Iglesia necesita volver a la fuente, que es la Palabra inspirada por Dios.

El verdadero discernimiento no rechaza lo sobrenatural, pero lo filtra con sobriedad. No todo lo que suena espiritual es de Dios, y no todo lo que impresiona transforma. El creyente maduro busca lo que permanece, no lo que brilla. Y la Iglesia fiel, no sigue voces emocionales, sino la voz del Buen Pastor.

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen”
Juan 10:27

La espiritualidad se ha convertido en una experiencia fácil de consumir y compartir, pero también en un terreno fértil para el error y la confusión. Por eso, como creyentes y líderes, estamos llamados a ser guardianes de la verdad, arraigados firmemente en la Palabra de Dios, que es la única guía segura en medio de tantas voces y emociones encontradas.

El verdadero crecimiento espiritual no se mide por manifestaciones emocionales o sensaciones pasajeras, sino

por la transformación genuina que produce en el corazón y en la vida, reflejando el carácter de Cristo. No podemos permitir que lo superficial o lo popular desplace la enseñanza sólida y el discernimiento bíblico.

Que aprendamos a distinguir la voz del Espíritu Santo de las falsas promesas disfrazadas de espiritualidad, y que nuestra fe se sostenga siempre en la Palabra. Solo así la Iglesia podrá ser una comunidad madura, capaz de resistir las mentiras y avanzar en la fidelidad al Señor.

Que el Señor nos conceda la sabiduría para discernir, la humildad para corregirnos y el valor para rechazar lo que no proviene de Él, aun cuando venga con ropajes espirituales. Porque en tiempos de confusión, solo la verdad será nuestro ancla firme y segura.

“Es cierto que la doctrina del evangelio les quita toda la gloria, la sabiduría, la justicia y demás a los hombres, para atribuírselas solo al Creador, que hace todo de la nada; por tanto, no tenemos nada para jactarnos”.

Martín Lutero



Capítulo cuatro

LA VERDAD EN LA ERA DE YOUTUBE

*“La noche está avanzada, y se acerca el día.
Desechemos, pues, las obras de las tinieblas,
Y vistámonos las armas de la luz.”*

Romanos 13:12

Con solo unos clics, cualquier persona en cualquier parte del mundo puede subir una enseñanza, una profecía, un mensaje impactante, una clase escatológica, una interpretación personal, o incluso críticas, descalificaciones o directamente falsedades bíblicas. YouTube, junto con otras plataformas digitales, ha democratizado la información, pero también ha amplificado la desinformación espiritual.

Nunca fue tan fácil tener acceso a miles de voces que dicen hablar de parte de Dios. Pero, como en el tiempo del profeta Jeremías, muchas de esas voces *“profetizan visiones de su propio corazón, no de la boca de Jehová”* (Jeremías 23:16). Por supuesto, alguno podría pensar que yo, también como maestro, utilizo medios digitales como YouTube, y es

cierto, todos tenemos acceso a la publicación, y es justamente eso lo que nos pone en la misma plataforma de juicio.

También podrían considerar que lo que yo enseño está mal, y acepto la libertad de opinión, cualquiera tiene derecho a publicar y decir de lo que quiera. No pretendo defenderme, ni atacar o criticar a nadie; simplemente expreso, como maestro de la Palabra y ministro de larga trayectoria, que los hijos de Dios debemos evaluar con temor y compromiso todo lo que oímos y vemos. Y yo no me considero exento de esto; por el contrario, deseo que mis enseñanzas sean puestas ante la aprobación del Espíritu Santo, porque si algo está mal, deseo ser corregido.

En la era de YouTube, la verdad bíblica está siendo relativizada o editada según la conveniencia de la audiencia. ¿Cómo puede la Iglesia mantenerse fiel en medio de este tsunami de contenido espiritual? Hace unos años, los pastores trataban de velar por las enseñanzas que escuchaban los miembros de sus congregaciones, pero hoy en día un simple youtuber cristiano, con carisma y buena edición, puede alcanzar millones de personas sin rendir cuentas a nadie.

El púlpito ya no es solo el altar de una iglesia, sino también una cámara frente a una audiencia invisible. Pero esta nueva forma de predicación masiva presenta grandes riesgos: en primer lugar, la falta de cobertura y corrección para quienes enseñan. Es más, en este tiempo algunos dicen que su cobertura es Cristo, pero eso es absolutamente anti-Reino, porque lo que esas personas están diciendo es que no

están dispuestas a reconocer ninguna autoridad sobre sus vidas, y eso está mal.

Al respecto debo aclarar que “cobertura” no tiene que ver con la protección que podamos dar a otros, o algo por el estilo; se dice cobertura porque se reconoce un alcance en la autoridad que ejerce una persona, y quienes trabajan con esa persona se colocan bajo las dimensiones de esa autoridad. Por ejemplo, un pastor tiene autoridad sobre la congregación que pastorea; si una persona decide congregarse en ese lugar, estará bajo la zona de autoridad que ejerce ese ministro.

Quien ejerce cobertura no está cubriendo a alguien con su ministerio, solo está ejerciendo su rol bajo la autoridad que el Señor le haya asignado, y quien trabaja con ese ministro reconociendo su autoridad estará bajo su zona de influencia; eso es cobertura espiritual.

Timoteo estaba bajo la autoridad apostólica de Pablo; no es que Pablo se enseñoreara de Timoteo, pues nadie debe hacer eso con nadie, porque todos somos hermanos. Las autoridades espirituales del Nuevo Pacto son de servicio, no de dominio. Sin embargo, en ese servicio se reciben claras directrices para guiar, corregir, advertir y dirigir a nuestros amados consiervos conforme a la voluntad del Señor. A todos nos conviene reconocer la autoridad de alguien para escuchar sus opiniones, aceptar críticas bien intencionadas o recibir ayuda de corazón.

En mi caso personal, tengo a varios matrimonios pastorales trabajando bajo mi autoridad. Mi tarea no es someterlos, controlarlos o enseñorearme de ellos; por el contrario, es servirlos, velando por ellos, aconsejándolos, ayudándolos en todo lo que pueda, ministrando a sus familias y tratando de ser un canal de Dios para impartirles lo que Él considere necesario.

Si alguien no tiene a nadie que le ayude advirtiéndole de un error, aconsejándole revisar su postura, ayudándolo a ajustar su doctrina, o guiándolo para actuar con prudencia espiritual, puede caer en graves actitudes, aun sin darse cuenta de ello. Tal vez, tampoco advierta el daño que esté causando a otros hermanos, o el hecho de que pueda estar caminando fuera de la voluntad de Dios.

Personalmente creo, que la caída de hombres con grandes ministerios, en la mayoría de los casos, se ha producido por la falta de una autoridad que los guíe, o por la falta de reconocimiento de una autoridad sobre ellos. Cuando uno no tiene a nadie que le diga que algo está mal, corre un grave peligro, por eso, todos debemos ejercer nuestros ministerios bajo autoridad.

El problema con YouTube no es que ministros consagrados enseñen con libertad, sino que además lo hacen personas que ni siquiera han sido discipuladas correctamente. Hoy cualquiera se pone frente a una cámara y dice lo que piensa. Eso no se puede prohibir, ni lo estoy sugiriendo; solo

digo que debemos tener mucho cuidado y analizar espiritualmente a quién le prestamos oído.

Hoy se pueden escuchar muchas enseñanzas descontextualizadas. Un versículo puede ser manipulado fácilmente para sostener cualquier argumento, y no digo esto por causa de creer solo en una predicación expositiva. Quienes me conocen, saben que no uso como único método de enseñanza la predicación expositiva, porque creo que la dinámica de vida de la Palabra en la actualidad demanda una expresión viva, capaz de romper estructuras sin perder ni diluir la verdad de las Escrituras.

Cuando el método del predicador, de alguna manera, aplasta el método del Espíritu Santo, lo que se entrega puede ser expositivo pero a la vez estéril. Si un predicador somete todo a su máquina de picar expositiva, y su presentación no tiene una sugerencia aplicable, solo estará generando un proceso mecánico e intimidatorio que tal vez produjo fruto en su tiempo, pero que hoy puede verse desfasado en el marco de la voluntad de Dios para esta época.

La predicación expositiva puede fácilmente degenerar en un proceso mecánico y frío, incluso en un procedimiento inflexible, incapaz de interpretar la vida y la dinámica espiritual de un Dios que está vivo y que puede hablarnos hoy. Hay predicadores que se creen de sana doctrina, pero eliminan toda posibilidad de comunicación Divina. Son como los fariseos en la época de Jesús: tenían ante ellos a la

palabra viva, pero como sonaba diferente a la que ellos conocían, determinaron Su muerte.

La Biblia nos cuenta todo lo que Dios dijo, y a través de ella llegamos a comprender Su voluntad, pero si no entendemos que el mismo Dios que la inspiró continúa hablando, vamos a tratar de robarle obscenamente todo lo que Él dijo a otros hombres para hacer doctrina, aun cuando estamos viviendo en un Pacto que es absolutamente diferente.

Creo de manera absoluta lo que Dios le dijo a Moisés porque está en la Biblia, y todo es verdad absoluta, pero eso no implica que tome esas palabras y las haga mías simplemente porque las dijo Dios. Lo que debo interpretar es que Dios habla; en segundo lugar, conozco y sé Su voluntad porque la Biblia me permite iluminación al respecto; pero si deseo vivir de manera efectiva hoy, debo saber que Dios debe guiarnos conforme a Su voluntad actual (**Romanos 8:14**), y eso no lo hace solo a través de versículos tomados de la Biblia.

Es lógico que tengamos la certeza de que Él no nos diría nada opuesto o contrario a lo que ya ha expresado como Su voluntad, pero en cada vida particular y en cada congregación, Él puede tener directivas específicas para nuestro caminar. Si estamos buscando una dirección de Dios, debemos orar y podemos esperar que Él nos guíe a Su voluntad, pero no podemos buscar un versículo como

pretexto para tomar una decisión, porque la Biblia no está para eso.

Ahora bien, saber que Dios habla y que la Palabra es eterna, que es nuestra plomada para saber que vamos bien, nos pone entre una estructura y la vida misma. Es decir, debemos conocer bien las Escrituras, pero también cultivar una íntima comunión con Dios para ser guiados en particular y conforme a Su voluntad en este tiempo.

Esto implica que debo ser rígido con la verdad, pero a la vez flexible con Su expresión de vida. Debemos respetar la Biblia como la verdad revelada de Dios, pero saber que nuestro Dios está vivo y que tiene el derecho de hablarnos y guiarnos conforme Él lo desee en este tiempo. Él nunca nos dirá nada opuesto a la verdad de las Escrituras, no se contradice ni produce controversias con sus propios dichos. Por esto, la enseñanza de la Palabra es extraordinaria, pero a la vez, el desarrollo de una predicación puede ser peligrosa.

El desafío está en respetar la verdad y reconocer la vida. Cuando un predicador respeta la verdad, pero no comprende la vida, actuará como los fariseos, que persiguieron a Juan el Bautista, diciendo que estaba endemoniado por romper estructuras, y luego, los mismos persiguieron a Jesús hasta matarlo. Si en esa época hubiese existido YouTube, seguramente habrían sido acérrimos detractores de Juan, de Jesús y de sus discípulos, porque lo que hacían y decían no estaba en las Escrituras, según ellos.

Por otra parte, hay quienes enseñan desde la imaginación de su corazón, le hacen decir a la Biblia todo lo que quieren, descontextualizan todo para encontrar pretextos con mucha liviandad. Eso no es que Dios habla; eso es pura desprolijidad y falta de respeto a la verdad divina.

Algunos aprovechan su popularidad para tomarse ciertas licencias, total, los algoritmos los premian, y llegan a creer que quien los está premiando es el Señor. Los “vistos” y las “suscripciones” pueden incluso ser comprados; no significan aprobación divina ni respaldo de la verdad. Lamentablemente, para muchos cristianos, algunos “influencers de la fe” cuentan con una fama otorgada por la gracia divina, y no siempre es así.

Algunos escuchan más a predicadores digitales que a sus propios líderes espirituales. Esto ha creado una generación de creyentes con hambre de contenido, pero sin compromiso con la comunidad a la que pertenecen. Esto es así porque se hacen “autodidactas de la fe”, toman lo que quieren y creen lo que eligen creer. Edifican una ensalada doctrinal y luego defienden su parecer sin respaldo, pero no registran la opinión ni la advertencia de sus propios líderes.

Pablo advirtió que vendrían tiempos donde la gente ***“no soportará la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias”*** (2 Timoteo 4:3). Ese tiempo ha llegado. Solo que ahora, esos “maestros” aparecen en las sugerencias de video. No podemos generalizar, pero sí debemos extremar

los cuidados, orando para que el Espíritu Santo nos dé discernimiento espiritual, a la vez que debemos juzgar toda enseñanza por la Palabra.

YouTube no es una Iglesia, no tiene por qué tener una doctrina definida; tiene todo lo que hay en el mercado, sea bueno o diabólicamente malo. YouTube no tiene límites ni filtros. Por eso, el creyente debe desarrollar una mente bíblica y un corazón arraigado en la verdad. No todo canal cristiano es cristocéntrico. No todo lo que suena profundo es saludable. No todo mensaje que emociona edifica nuestro espíritu.

En YouTube, la verdad se convirtió en contenido junto con la mentira. A su vez, el contenido se convirtió en producto para captar mayor consumo. Por este motivo, muchos canales están diseñados para atraer seguidores más que para formar discípulos. Cuanto más escandaloso es el título, más vistas recibe. Cuanto más extraña es la propuesta, más atención capta. Cuanto más emocional es la exposición de un mensaje, más se comparte.

Frases como: “Una palabra profética urgente para ti”, “La revelación que cambiará tu destino”, “Este versículo fue escondido por siglos”, “Lo que nunca te han enseñado de la Biblia”, “La verdad de los tiempos finales”, son títulos que generan gran interés, pero muchas veces esos prometedores videos están vacíos de verdad bíblica. Se juega con el misterio, la ansiedad espiritual y el deseo de “algo más” para

mantener al espectador cautivo, pero al final se siembran más dudas que certezas.

Esto no es nuevo, el apóstol Pedro denunció que algunos ***“por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas”*** (2 Pedro 2:3). Lo que cambió es el formato, porque esto pasó de los templos a las plataformas digitales. Algo que se magnificó en tiempos de pandemia, cuando el encierro y la imposibilidad de congregarnos, hizo que mucha gente navegara sin freno por peligrosos pantanos digitales.

La solución no es demonizar a YouTube ni a otras plataformas. Reitero que Dios puede usar estos medios para verdaderas enseñanzas y para llevar el Evangelio a lugares donde no hay iglesias. Hay siervos fieles predicando la Palabra con integridad y verdad. Pero necesitamos aprender a probar los espíritus (1 Juan 4:1) para discernir entre lo santo y lo profano (Ezequiel 44:23).

Cuando nos dispongamos a mirar una enseñanza bíblica en YouTube, debemos preguntarnos: ¿Este canal exalta a Cristo o al predicador? ¿Lo que enseña está respaldado por la Escritura completa, o solo usa versículos fuera de contexto? ¿El mensaje me llama a la cruz, al arrepentimiento, a la obediencia, o busca ser permisivo? ¿Esto puede producir fruto en mi vida o solo emoción momentánea? ¿Esta persona rinde cuentas a alguien o actúa como autoridad sin supervisión? ¿Se nota la humildad del expositor, o se percibe orgullo o autoritarismo?

El Señor nos llamó a ser ovejas que siguen y conocen Su voz, no consumidores de contenido según nuestras ganas. La verdad no fue diseñada para circular solo por pantallas; fue entregada en el contexto de una comunidad. La fe cristiana es relacional, no virtual. No se edifica solo con videos, sino con vidas compartidas, exhortación mutua y rendición de cuentas. Bien lo escribió el autor a los hebreos:

“No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.”

Hebreos 10:25

Los medios digitales son herramientas, no sustitutos. Un sermón en línea puede complementar, pero no reemplazar al pastor ni su enseñanza vivencial en la iglesia local. El orador de YouTube no va a visitar a nadie si está enfermo o en dificultades. Quienes se suscriben a un canal no se pondrán a orar por una crisis personal de nadie, pero la comunidad de hermanos con quienes nos congregamos sí.

Esto lo digo con autoridad, porque tengo un canal de YouTube donde subo enseñanzas que considero pueden edificar a mis hermanos en todo el mundo. Sin embargo, soy consciente de que no puede reemplazar a los pastores que trabajan con su gente. Nunca pretendería tal cosa. De hecho, comparto mis mensajes como maestro, y cuando considero que un mensaje puede ser sacado de contexto, simplemente evito subirlo.

En este tiempo, el desafío de la Iglesia no es solo predicar, sino formar discípulos con discernimiento. Personas que no se dejen llevar por cada viento de doctrina (**Efesios 4:14**), sino que sean firmes en la fe. Por eso, todo pastor o líder debe procurar enseñar a su gente a filtrar lo que escuchan a través de un buen entendimiento de la Palabra, sin prohibirles ver a otros ministros.

Deben formar creyentes que no idolatren personalidades; que vean y escuchen, pero que no tengan ídolos. Los hermanos pueden ser discípulos de su pastor, de sus líderes y de quienes les enseñan, pero por sobre todo, deben ser discípulos de Cristo.

La verdad sigue siendo verdad, aunque el mundo digital la diluya, distorsione o disfrace. En la era de YouTube, el reto no es prohibir que la gente mire ni procurar el acceso solo a la verdad, porque encontraremos sí o sí mucha mezcla, sino temer a Dios, amar Su Palabra, anhelar la verdad en dependencia del Espíritu Santo y conocer las Escrituras.

Dios no busca seguidores de canales, sino seguidores de Cristo. No busca visualizaciones, sino obediencia. No busca viralidad, sino fidelidad. Que como Iglesia podamos levantar una generación que, aun en medio de millones de voces, escuche con claridad la voz del Buen Pastor.

La Iglesia enfrenta el reto de guiar a sus miembros a no ser consumidores pasivos, sino discípulos firmes y

discernientes. Reitero que YouTube, y otras plataformas digitales, pueden ser herramientas poderosas en manos de siervos fieles, pero nunca reemplazarán la comunidad, la autoridad espiritual ni la vivencia cotidiana de la fe en una congregación local.

Oremos para que nuestra generación no sea víctima de la superficialidad digital ni de doctrinas mezcladas, sino que responda al llamado de Jesús a seguirlo con integridad, humildad y amor. Que el Señor nos conceda discernimiento para reconocer Su voz entre el ruido, y valor para permanecer firmes en Su verdad viva.

Al final del día, no importa cuántos canales o predicadores estén disponibles, sino cuántos discípulos auténticos de Cristo se levanten para reflejar Su luz y verdad en un mundo necesitado.

“Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad.”

Juan 17:17



Capítulo cinco

LA TEOLOGÍA DEL TIK TOK

“Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas.”

2 Timoteo 4:3 y 4

La tecnología ha llegado para quedarse, y una de sus mayores contribuciones a la humanidad es que ha transformado nuestras vidas, permitiendo que nuestras tareas sean más rápidas y eficientes. Lo que antes requería mucho tiempo, hoy podemos hacerlo en minutos e incluso en segundos. Además, nos ha dado acceso a más información, opciones y oportunidades, sin importar dónde estemos.

El problema es que, más allá de estas capacidades añadidas a nuestras vidas, cada vez más personas dicen tener menos tiempo. Esto resulta extraño, porque mientras antes las actividades demandaban mucha inversión de tiempo, con la

ayuda de la tecnología, lo que debería sobrar es tiempo, pero no es así. Los pastores y líderes cristianos saben muy bien que lo más difícil en toda congregación es contar con el tiempo de la gente.

Las actividades de discipulado y oración generalmente deben ajustarse a los horarios libres de los hermanos. Esto puede sonar lógico, pero es muy difícil formar una mentalidad o sembrar una cultura de Reino con tan solo un par de horas semanales.

Mientras exponemos a los hermanos a unas dos horas de enseñanza semanal y al menos una hora diaria de oración, el enemigo puede ocupar alrededor de ciento cincuenta y nueve horas semanales para sembrar sus ideas o influenciar a los hijos de Dios con su perversa cultura. Un creyente se obtiene por gracia, pero un discípulo es una tarea que requiere una gran inversión de tiempo y entrega.

Por otra parte, la misma tecnología que nos otorga transportes rápidos, elaboraciones aceleradas y comunicaciones instantáneas, es la que nos atrapa en la oscura estadística global: el promedio de uso diario de redes sociales y medios digitales por persona es de seis horas y cuarenta minutos. Sin embargo, todo el contenido en estos medios busca la supuesta virtud de la brevedad.

Los expertos consideran que los “Reels” son una herramienta muy efectiva para el marketing en redes sociales, especialmente en Instagram, ya que ofrecen mayor alcance y

participación que otros formatos. Según ellos, los reels son ideales para atraer a la audiencia, mostrar el lado humano de una marca y fomentar la interacción rápida.

Las investigaciones muestran que los materiales basados en “Reels” cumplen con criterios de validez y reciben una respuesta positiva del 88.35% de expertos y pares. Esta efectividad se debe, fundamentalmente, a la duración máxima de un “Reel”, que es de aproximadamente 60 segundos, un tiempo breve y concreto.

El problema es que el mensaje eterno no debería, bajo ningún punto de vista, comprimirse a segundos. La profundidad no puede ser reemplazada por conceptos simples y livianos. La buena teología, aquella que debería llevarnos a conocer a Dios con reverencia, es trocada por frases llamativas diseñadas para captar la atención en un instante.

TikTok y otras plataformas similares no son en sí mismas el problema. El peligro está en los paradigmas que han cultivado. La urgencia por consumir, opinar, descartar y pasar al siguiente contenido sin detenerse a reflexionar es casi mecánica e incontrolable. En ese contexto, el estudio de la Palabra, que requiere pausas, meditación y asimilación para llevar las ideas a la experiencia de vida, corre el riesgo de convertirse en un mero entretenimiento.

La fe cristiana no se puede digerir en cápsulas de 60 segundos sin el riesgo de mutilarla. La Escritura no es una colección de citas motivacionales, ni Jesús un “influencer”

en busca de seguidores digitales. Él es el Logos eterno, el Verbo hecho carne, que nos invita a caminar con Él, no a simplemente “hacer scroll” sobre Su Palabra.

Cuando la predicación se vuelve espectáculo y el discipulado una serie de clips editados con música de fondo, estamos trivializando lo sagrado. La Biblia no debería fragmentarse como si fuera un cuadernillo de proverbios filosóficos. Es la Palabra de Dios, y debemos conocer el contexto de cada expresión dentro de un panorama general bien claro.

Reitero que no pretendo demonizar los medios, sino exhortar a una valoración correcta del mensaje del Evangelio. Hay obreros fieles que utilizan estas plataformas para sembrar la verdad, y Dios los usa poderosamente. Pero también proliferan voces que, sin formación ni responsabilidad espiritual, emiten enseñanzas erradas que cautivan más por su estilo que por su sustancia.

Una generación con hambre de sentido espiritual, pero sin un anclaje bíblico sólido, termina alimentándose de migajas doctrinales, confundiendo emoción con unción y lo popular con lo verdadero. Hace un tiempo, un ministro me pidió una opinión sobre las enseñanzas de un cantante cristiano que estaba causando cierto revuelo entre los jóvenes de su congregación.

Le respondí que nunca había escuchado sus enseñanzas, pero que lo buscaría para darle una opinión

fundamentada. Al poner en Google el nombre de este hermano, lo primero que apareció fue una multitud de pequeñas reflexiones en TikTok. Tomé una lapicera para anotar cualquier cosa incorrecta que encontrara, no por criticar al hermano, a quien no conocía, sino para verificar sus enseñanzas conforme me había pedido mi colega. Después de unos minutos de escucha, ya había llenado dos páginas con errores.

Esto me impactó mucho, porque tratándose de un hombre muy popular, con miles de seguidores y miles de “me gusta”, los errores que encontré fueron muchos. En realidad, lo que decía parecía estar bien a simple vista, y entendí por qué la gente no percibía las fallas, porque no eran errores groseros, sino demasiado sutiles, aunque ciertamente peligrosos.

La combinación de su popularidad, con la velocidad de sus “reels”, hacía casi indetectable para los hermanos, los errores de cada mensaje, pero el análisis minucioso de sus dichos, sacaron a luz, al menos para mí, un montón de conceptos equivocados, o carentes de sustento.

El problema de sus exposiciones no eran errores escandalosos o conceptos diabólicos, sino ideas expresadas fuera de contexto o sin desarrollo. Una media verdad puede abrir la puerta a una gran mentira, y eso es lo que ocurría con este hermano. Algunas cosas que decía estaban bien, pero solo en parte. El no explicar con profundidad un tema

importante, lógicamente puede causar un gran perjuicio a quienes lo escuchan confiadamente.

La superficialidad puede ser cómoda, porque no exige compromiso ni esfuerzo mental, pero puede introducir en nuestra conciencia pensamientos equivocados o incluso perversos. Es fácil compartir un clip conmovedor o una idea aparentemente reveladora, y creer que eso fortalece nuestra fe. Pero el llamado de Dios es a ser instruidos en el Evangelio del Reino, lo cual es mucho más profundo.

Entender mal una verdad puede ser la forma más absurda de aceptar una mentira. Jesús no nos llamó a ser consumidores de ideas novedosas, sino discípulos suyos. Y el discipulado no se construye en segundos, sino en entrega, tiempo y transformación diaria. Recordemos lo que Pablo escribió a Timoteo: ***“Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren” (1 Timoteo 4:16).*** La buena enseñanza no es opcional, es vital para un desarrollo sano.

En esta era de velocidad y consumo, Dios sigue buscando hombres y mujeres que se detengan, que profundicen y que escudriñen las Escrituras, no para exhibirse, sino para conocerle y darlo a conocer con fidelidad. La Iglesia necesita maestros que no compitan con algoritmos, sino que sirvan al Reino. Necesitamos más profundidad y menos espectáculo; más Palabra y menos frases efectistas.

El Evangelio no cabe en 60 segundos. La cruz no se puede resumir en una tendencia. La verdad no se diluye en una cultura de “likes”, sino que se levanta con claridad en medio del ruido. Si la Iglesia desea permanecer fiel en esta generación, debe resistir la tentación de adaptarse a lo superficial y volver a lo esencial.

La verdad de Dios sigue siendo poderosa, aunque no sea viral. Sigue siendo eterna, aunque no sea tendencia. Y sigue transformando vidas, aunque no venga editada con filtros. La Palabra de Dios es eterna y tan profunda como el mar; no merece que solo nos quedemos en sus olas, porque el llamado del Padre es a buscar los tesoros escondidos en su profundidad.

Hace un tiempo, un joven de una congregación que visité me compartió angustiado que ya no sabía qué creer. Había comenzado a ver contenidos cristianos en redes sociales buscando crecer espiritualmente, pero en lugar de claridad, encontró confusión.

Un video mostraba a un predicador diciendo que las obras no determinan la salvación, pero otro afirmaba que sin obras no había evidencia de salvación. Un video enseñaba sobre la gracia y otro exhortaba duramente al cumplimiento de responsabilidades como condición fundamental de la fe. Algunos hablaban sobre los beneficios de dar generosamente, mientras otros acusaban de falsos ministros a quienes pedían ofrendas o diezmos.

Unos negaban la necesidad del arrepentimiento, otros lo consideraban el camino al cambio. Algunos afirmaban que el infierno es simbólico, otros aseguraban que es el destino real de los perdidos. Unos decían que la Iglesia será arrebatada antes de la aparición del anticristo, otros que debemos prepararnos para atravesar la tribulación. Al final, sin darse cuenta, su corazón se llenó de dudas en lugar de fe, y eso le generó un gran conflicto espiritual.

Este hermano, como tantos otros, solo buscaba alimentarse y acercarse a Dios, pero terminó consumiendo un buffet doctrinal sin filtro, quedando espiritualmente desnutrido. Muchos están sufriendo situaciones similares, y ante tanta confusión, terminan aferrados a los predicadores más populares o carismáticos, porque de alguna manera les inspiran más confianza o creen que la popularidad es señal de verdad, lo cual también los puede llevar al error.

Esta situación que relato, está ocurriendo a miles y miles de cristianos bien intencionados. Cuando la formación espiritual es reemplazada por fragmentos, la edificación del creyente se vuelve frágil. Algunos hermanos me llaman para pedir mi opinión sobre algún tema, pero en muchas ocasiones he tenido que decirles que no puedo explicar algo de manera adecuada por correo electrónico, porque incluso cuando imparto enseñanzas en una iglesia, lo hago a través de varios talleres. No puedo, de manera responsable, explicar temas profundos en apenas unos párrafos.

Algunos hermanos me piden que simplemente responda si pienso “sí” o “no” respecto a algún asunto, pero eso es muy peligroso, porque las doctrinas importantes no pueden reducirse a respuestas simples. No formamos parte del equipo del “sí” ni del equipo del “no”. El Evangelio no puede analizarse o interpretarse de esa manera. No debemos ser tan livianos cuando tratamos temas tan valiosos.

Las redes sociales no solo dan espacio a ministros con respaldo teológico, sino que también exponen a muchas voces que enseñan, aunque no todas son pastores; algunas son simplemente opinadores con audiencia. Y como Iglesia, no podemos quedarnos de brazos cruzados mientras una generación es moldeada más por TikTok que por las cartas apostólicas, más por “reels” que por las profundidades de la obra y las palabras de Jesús.

Por eso, amados lectores, deseo despertar en ustedes el hambre por la verdad, nada más que la verdad. Debemos volver al llamado original de hacer discípulos (**Mateo 28:19**). Eso no se logra en pequeños cortos de 60 segundos; no hay atajos para el discipulado. Necesitamos tiempos de calidad y exposiciones fundamentadas en la Palabra. Los medios pueden ser útiles, pero nunca deben reemplazar al verdadero discipulado, donde la verdad se transmite con amor, de vida a vida, y Palabra sobre palabra.

Nuestro deber como líderes, pastores y maestros es levantar un muro de verdad contra la ola de confusión. No necesitamos adaptar el mensaje para hacerlo más digerible;

necesitamos presentarlo con claridad, poder, equilibrio y profundidad. No para entretener, sino para transformar; no para complacer, sino para confrontar lo que debe morir y dar lugar a la vida revelada en Cristo.

Hoy más que nunca, predicar la Palabra con fidelidad es un acto de resistencia espiritual. En una era que premia lo rápido, lo llamativo y lo emocional, elegimos lo eterno, lo sólido y lo santo. Aunque parezca que lo profundo no genera vistas, recordamos que Dios no mide impacto con estadísticas, sino con frutos. Y el fruto de la verdad no es fugaz, sino eterno.

La Palabra viva es Cristo, y a través de ella recibimos Su vida. No podemos consumirla como un aviso publicitario de un periódico local. Algunos hermanos me preguntan si leo mucho la Palabra, y siempre les explico que no leo grandes cantidades de golpe; al final de cada día paso mucho tiempo con la Palabra, pero nunca como si fuera un libro cualquiera. Necesito leerla en pequeñas porciones y meditar en ella, porque así encuentro profundidades tremendas que no se ven en lecturas rápidas.

Es por la Palabra que conocemos la voluntad del Padre para nosotros; allí recibimos y fortalecemos la fe, rompemos paradigmas, experimentamos cambios, transformamos circunstancias difíciles, aprendemos a superar la adversidad, crecemos espiritualmente, liberamos tensiones, adquirimos poder, entramos en lo sobrenatural, renovamos nuestra mente y somos perfeccionados para gobernar.

La Palabra de Dios, además, nos ilumina por ser la verdad, nos libera de la esclavitud del pecado, dirige nuestros pasos, corrige nuestras malas actitudes, nos enseña a resistir la tentación y al diablo, nos da seguridad y protección, revela las promesas de Dios, nos permite descubrir nuestro propósito, guía nuestras decisiones, nos conduce a realizar sueños y nos muestra un mundo de posibilidades para creer positivamente en el futuro.

D. L. Moody dijo en una ocasión: *“Muchos hombres creen que la Biblia es un libro atrasado que ya pasó a la historia. Dicen que estaba bien para tiempos remotos, que contiene algunas páginas históricas de interés, pero que no sirve para hoy; que vivimos en el siglo de las luces y hemos avanzado tanto que los hombres pueden andar perfectamente sin la Biblia. Eso es como decir que el sol, que ha brillado tanto tiempo, es ya tan viejo que está pasado de moda; o que cuando un hombre construye una casa, ya no debe poner ventanas porque ahora existe la luz eléctrica. Yo aconsejo a quienes piensan que la Biblia es demasiado vieja que no pongan ventanas en sus casas y las iluminen con luz eléctrica, ya que lo que buscan es lo novedoso.”*

Lo que Moody dijo hace años no fue en respuesta a las enseñanzas de TikTok, pero ciertamente parece estar hablando hoy. El avance de la ciencia y la tecnología ha contribuido mucho a la sociedad, pero lamentablemente no ha ayudado al uso cotidiano de la Biblia en la vida del creyente.

Que no lean la Biblia las personas que no son creyentes es lógico y normal; sin embargo, que los cristianos la lean cada vez menos es algo peligroso y hasta mortal. Y digo esto incluyendo a quienes solo leen algunos versículos en el móvil. Es necesario que todos accedamos cuidadosamente al panorama bíblico completo, porque eso nos dará el contexto adecuado para una interpretación responsable y fiel de la verdad.

Tener la aplicación de la Biblia en el teléfono o en la tablet me parece muy útil para asistir a las reuniones, porque es práctico, y porque en la mayoría de las congregaciones los versículos se proyectan en pantalla gigante, y en ese momento es todo lo que hay que leer. Sin embargo, lo que no deben hacer los hijos de Dios es limitarse a usar solo el teléfono en sus hogares, pues así pierden el contacto con el libro físico, y por lógica también con el panorama completo.

Hoy, la mayoría de los hermanos toman versículos de manera aislada, pero ignoran el contexto en que fueron escritos. Esto es peligroso y puede resultar muy dañino. Imaginemos que, como maestro, le escribo una carta a otro ministro amigo. Ahora imaginemos que alguien intercepta esa carta y toma alguna de mis expresiones, diciendo luego que eso es lo que yo pienso o creo. Eso puede ser una gran injusticia, porque es posible que solo sea un concepto sacado de contexto, que se convierta en un pretexto injustamente evaluado. Lo lógico sería que para entender qué quise decir exactamente, se conozca toda la carta.

Este tipo de conducta lamentablemente se repite con frecuencia hoy en día. Por ejemplo, algunos toman una frase de un predicador y hacen un juicio superficial. Por eso decidí analizar los pequeños videos de TikTok: muchos son solo fragmentos cortos de videos extensos que luego se publican como si fueran la gran revelación. Eso puede ser injusto, dañino, y a veces hasta diabólico.

No podemos evaluar una gestión por una sola decisión, ni a una persona por un hecho aislado, ni una película por una escena, ni una comida por un bocado, ni un paisaje por una foto. No hay justicia cuando no se conoce todo el panorama o contexto de aquello que se pretende analizar. Así, debemos usar los medios digitales para comunicar el Evangelio del Reino, pero con cuidado: la Palabra de Dios es mucho más que hermosas frases o slogans.

Hoy se está fragmentando de manera imprudente la Palabra, sin respetar la totalidad de lo que Dios ha puesto en ella. Debemos recordar que el Señor ha limitado la expresión de Su voluntad a un libro que llamamos: “la Biblia”. Si además de eso, le quitamos un gran porcentaje y nos quedamos con apenas unos versículos, ¿qué llegaremos a entender del mensaje divino? ¿Cómo pretenderemos interpretar a Dios a través de un concepto aislado? ¿Será que accederemos a la verdad y nada más que la verdad? Mejor atendamos lo que el apóstol Pablo le aconsejó con gran sabiduría a su discípulo Timoteo:

“Todo lo que está escrito en la Biblia es el mensaje de Dios, y es útil para enseñar a la gente, para ayudarla y corregirla, y para mostrarle cómo debe vivir. De ese modo, los servidores de Dios estarán completamente entrenados y preparados para hacer el bien”.

2 Timoteo 3:16 y 17 VLS



Capítulo seis

EN BUSCA DE LA VERDAD Y NADA MÁS QUE LA VERDAD

*“Meditaré en tus preceptos, y consideraré tus caminos.
Me deleitaré en tus estatutos, y no olvidaré tu palabra”.*

Salmos 119:15 y 16

Muchos ministros del evangelio hablan con la certeza de conocer absolutamente toda la Palabra, y debaten acaloradamente contra todo aquel, que se atreva a decir que está viendo otra cosa. Sé que todo ministro tiene un respetable conocimiento de la Palabra, y que cada quien fue formado en su denominación, pero también debemos asumir que la verdad es una sola. Por eso debemos pensar con humildad y atrevernos a analizar honestamente algunas cosas.

Si la verdad es una sola y el Señor es uno solo, no deberíamos tener tantas diferencias doctrinales. Sin embargo, ante esta realidad que nos sacude, debemos aceptar que hay un gran porcentaje de ministros que, honestamente, podemos estar equivocados en algunos puntos. ¿Por qué llegamos a

creer que todo lo que nos enseñaron es la verdad y nada más que la verdad?

Cuando visito alguna congregación, suelo decirles a los hermanos que ya pueden afirmar que me conocen personalmente; sin embargo, tal conocimiento es el más precario que podemos tener. Estar presente en una enseñanza, atenderme cuando hablo, o incluso sacarse una foto conmigo no significa conocerme verdaderamente. Bueno, alguien puede decir que sí, pero ese conocimiento es muy limitado.

Tengo amigos que conocen mucho más de mí. De hecho, mi esposa conoce cosas de mí que nadie más conoce, y mi madre me conoce desde que nací. Hay diferentes medidas de conocimiento. Generalmente decimos que conocemos a Dios desde el día de nuestra conversión, pero conocer a Dios puede llegar a ser un proceso eterno.

El rey David tenía un ejército de seiscientos hombres, pero a cuatrocientos se les llamaba el ejército de David. De esos cuatrocientos, solo a treinta se los conocía como los valientes de David; pero solo tres pertenecían a su guardia personal, y al final, solo Jonatán era su íntimo y amado amigo. Hay niveles de conocimiento, hay niveles de revelación, y lo mismo ocurre con la Palabra.

Es decir, hay gente que vio a Jesús, lo escuchó predicar y algunos fueron sanados por Él; sin embargo, la mayoría no conoció al Cristo. Los religiosos estaban familiarizados con la Palabra, la leían y la estudiaban celosamente desde la

niñez; no obstante, cuando Jesús fue a la sinagoga y se dio a conocer como el Mesías, lo sacaron entre varios y lo llevaron a una montaña para matarlo. Sin duda, esta gente solo conocía la letra, pero no supo delante de quién estaba.

Los leprosos que sanó Jesús fueron tocados piadosamente por el maestro, y si esto hubiese ocurrido hoy en día, seguramente se habrían sacado una selfie con Él. Pero el único que volvió, fue el que tenía la certeza de que había algo más por descubrir. Aun así, no lo vemos a partir de entonces, caminando como uno de sus doce discípulos.

De hecho, Jesús habló muchas veces con las multitudes y muchos decían amarlo. Sin embargo, tenía dos grupos de discípulos: los setenta que se apartaron de Él, y los doce que eran los más íntimos. De esos doce, tres lo acompañaron a lugares claves: Pedro, Jacobo y Juan, siendo este último quien apoyaba la cabeza sobre el pecho del maestro, y era conocido como el discípulo amado. Hay dimensiones de conocimiento que otorgamos o podemos lograr.

Nicodemo mismo, como maestro de la Ley, sabía las Escrituras de memoria; sin embargo, fue de noche al encuentro de Jesús, diciendo que no llegaba a comprender quién era Él. Al final, al ser confrontado por el Maestro de los maestros, tuvo que reconocer que no entendía casi nada, solo que debía aceptar que en Jesús había algo más que un simple hombre.

Por su parte, Pedro era un pescador llamado a ser apóstol. Caminó con Jesús y lo sirvió durante tres años; sin embargo, un día recibió una revelación mayor y se dio cuenta de que Jesús era el Cristo. Aun así, eso no era todo: un día Jesús lo llevó a un monte y se transfiguró delante de sus ojos. Fue entonces cuando Pedro recibió una revelación aún mayor. Con Dios hay niveles, hay profundidades, hay misterios que no todos pueden alcanzar.

Por otra parte, no hay límite para la revelación de Dios, no hay límite en la sabiduría, ni en la luz. Solo debemos ir por más y procurar la plenitud. No debemos quedarnos discutiendo con nuestros pares, ideas que nos enseñaron nuestros líderes alguna vez. Debemos tener la capacidad de intercambiar, escuchar, compartir y debatir con espíritu de mansedumbre, para exponer pacientemente nuestros fundamentos y para aprender si hay algo que debemos cambiar.

***“Más la senda de los justos es como la luz de la aurora,
que va en aumento hasta que el día es perfecto”.***

Proverbios 4:18

La verdad no está compuesta de conceptos; la verdad es una persona llamada Jesucristo. La comunión con Él, en la vida de Su Espíritu, nos abrirá portales hacia los misterios escondidos, y los tesoros guardados. Si persistimos en su búsqueda, las dimensiones espirituales de la verdad se nos abrirán, y será entonces para nosotros, como la luz de la

aurora de la mañana, que va creciendo hasta mostrarnos la plenitud de la vida.

Crecer en luz es crecer en el conocimiento de la verdad, y eso es clave en este tiempo, porque si hay algo que ha impregnado hediondamente el sistema, es la mentira. Ese es el mal de este siglo, y sabemos que el padre de esa criatura es el diablo (**Juan 8:44**). Como Iglesia debemos operar como hijos de la Luz, y no podemos operar en esas dimensiones, si no asumimos la necesidad de ir en busca de la verdad y nada más que la verdad.

Buscar la verdad y permanecer en ella no es una tarea opcional para quienes somos líderes cristianos; es una responsabilidad ineludible. En una época marcada por el relativismo moral, la confusión espiritual y la multiplicación de voces, muchas de ellas contradictorias, el compromiso con la verdad de Dios se vuelve un distintivo irrenunciable del verdadero siervo del Señor.

Lo que debemos asumir para tal tarea es la práctica de la comunicación y el intercambio. Cuando un ministro escucha algo diferente y lo descalifica rápidamente, sin actuar con un grado de tolerancia para intercambiar, indagar o enseñar, lo único que produce es una mayor división. Entiendo que algunos pretenden ser celosos de la verdad y, como creen que la tienen, se tornan muy violentos con quienes piensan diferente, pero esto no ayuda a la edificación de la Iglesia.

La Biblia no nos llama simplemente a enseñar, sino a enseñar con fidelidad (**Tito 2:1**). Esto implica estudiar, escudriñar, verificar y tener la capacidad de escuchar a quienes interpretan la Palabra de manera diferente, porque tal vez uno puede aprender de ellos. Si solo escucho a quienes piensan igual que yo, no me perfeccionaré en mi conocimiento.

En mi caso personal, tengo miles de libros en mi oficina y muchos de esos libros están escritos por autores que piensan diferente a mí. Sin duda, sus formaciones han sido muy distintas y leerlos, para mí, es muy interesante, porque ellos son honestos en lo que exponen y me ayudan a saber si lo que yo aprendí puede resistir con fundamentos lo que ellos plantean, o si debo reconocer que en algunos puntos pueden tener razón.

No debemos olvidarnos que todos somos el resultado de una formación, y que dicha formación no fue buscada de antemano. Es decir, al convertirnos al Señor comenzamos a congregarnos en la Iglesia a la que nos invitó algún familiar, amigo o conocido. Incluso, algunos nacieron como cristianos en la Iglesia donde se congregaban sus padres. Nadie elige, porque en la conversión nadie sabe nada ni entiende nada como para elegir. Entonces, ¿quién puede garantizarnos que caímos en el ministerio correcto, que retiene la verdad y nada más que la verdad?

Personalmente, comencé a congregarme en la Asociación Asamblea de Dios en Argentina, porque ahí se

congregaba mi familia. Debo reconocer que, con el tiempo, comprendí que era una institución seria y que guardaba una doctrina bastante sana, pero hoy por hoy puedo asegurar que no todo lo que enseñaban estaba bien. De hecho, no digo esto juzgándolos mal, sino que la institución misma ha reconocido los cambios que se han producido en las últimas décadas.

Si cambiaron cosas, es porque estaban mal, y porque una comprensión mayor de algunos conceptos los impulsó al cambio. Sin embargo, nadie podría decir que todos los cambios ya han sido correctamente abrazados. Si hubo algunas cosas que estaban mal, ¿quién puede asegurar que todavía no hay algunos cambios que deberían realizarse? Esto se producirá solo si el liderazgo de dicha institución, o de cualquier otra, se determina con humildad a revisar todo lo que creen defender como la verdad de Dios.

Así como una institución, a través de sus líderes, puede cambiar; así como una congregación, a través de su pastor, puede cambiar, nosotros de manera personal podemos cambiar para bien. Lograrlo implicará humildad, porque leer o escuchar a gente que piensa diferente y permitirles confrontar nuestras ideas, no es para cualquiera. El orgullo religioso salta rápidamente en aquellos que no aceptan nada que ellos no hayan abrazado como la verdad.

El apóstol Pablo, en su carta personal a Timoteo, le exhortó a usar bien la palabra de verdad (**2 Timoteo 2:15**). Esa expresión “*usa bien*” o “*traza bien*”, en el griego es la palabra “*orthotoméō*”, que nos habla de precisión, de no

alterar el sentido, de no forzar el texto para que diga lo que uno quiere, sino de proclamarlo tal como fue inspirado por el Espíritu Santo.

Uno de los mayores peligros de este tiempo es la tentación de acomodar el mensaje a las sensibilidades del oyente. En algunos círculos, predicar la verdad completa puede parecer un acto imprudente, arriesgado o incluso “poco amoroso”. Pero el amor verdadero nunca está en contra de la verdad. La Escritura enseña que el amor se goza de la verdad (**1 Corintios 13:6**), no la ignora ni la disfraza.

Personalmente, creo que no debemos encontrar verdades buscando un equilibrio, sino que debemos encontrar el equilibrio en la expresión de la verdad. Es decir, la idea no es acomodar la verdad al gusto del consumidor, sino aprender a predicarla con gracia y unción. Cuando la Palabra es predicada con enojo, con exhortación carnal, con legalismo, puede ser verdad, pero el efecto nunca será de libertad, sino de mayor cautividad.

Jesús dijo que conoceríamos la verdad, y la verdad es la que nos haría libres (**Juan 8:32**); por lo tanto, necesitamos que la vida de la Palabra sea impartida con gracia, porque en tal caso no necesitaremos diluirla con argumentos vanos. La diremos con todo su peso, pero sin ofender, porque no será dicha por la carne, sino por el Espíritu Santo que nos habita.

El equilibrio no lo debe producir el cambio de la verdad, sino la impartición de la vida. Jesús era el Verbo

encarnado. Sin embargo, cuando hablaba no ofendía a todos. Curiosamente, los que se sentían ofendidos eran los religiosos que, bajo un gran manto de orgullo, no eran capaces de escuchar algo diferente, pero a la gente no les producía enojo, sino arrepentimiento, quebranto o cambio. Hablar duro no es decir siempre la verdad; hablar bajo la unción del Espíritu sí. Esto genera lo que debe generar en cada uno, según la voluntad de Dios y no la que busque el predicador.

Hace ya muchos años que predico la Palabra en diferentes ciudades y naciones del mundo, por eso puedo hablar con autoridad al respecto. Cuando predico, solo me enfoco en decir lo que creo que el Señor me envía a decir; procuro hacerlo bajo la unción y siempre con gracia. De esa manera, la gente se vuelve receptiva y, al final, se produce lo que Dios busca en ellos.

Yo no voy con pretensiones de caer bien a nadie, aunque me gusta cuando es así. No voy con la intención de decir lo que todos esperan, no quiero entretener gente ni hacer llorar a nadie. No busco emociones ni resultados visibles. De esas cosas se ocupa el Señor, porque son sus hijos y Él sabe lo que debe hacer con cada quien. Lo único que pretendo es poder expresar lo que el Espíritu Santo determine.

Los ministros del evangelio somos los comunicadores, y la Iglesia no puede ser columna y baluarte de la verdad (**1 Timoteo 3:15**), si dejamos de proclamar la voluntad de Dios

por miedo a ofender. Jesús mismo no rehuyó hablar con claridad. Confrontó a los fariseos, corrigió a sus discípulos y dijo cosas que muchos no querían oír.

De hecho, en **Juan** capítulo 6, después de un mensaje que rompió las expectativas de los oyentes, *“muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con Él”* (**Juan 6:66**). Jesús no rebajó la verdad para retener multitudes; predicó la verdad para formar verdaderos discípulos, y por eso también le preguntó a sus doce: *“¿Queréis acaso irnos también vosotros?”* Entonces Pedro se aventuró a decir: *“Señor, ¿a quién iremos? Solo Tú tienes palabras de vida eterna...”* (**Juan 6:67 y 68**).

Cuando la verdad está rebotando en nuestro corazón, sin duda hablaremos de ella. Algunos se sentirán ofendidos y otros confrontados por el Señor. Al final, lo importante para los comunicadores no es el resultado, sino el cumplimiento de la misión. Dios se ocupa de lo que hará y de cómo lo hará, porque solo Él es el dueño de los corazones. Nosotros solo somos comunicadores de Su verdad y no debemos exponer nada más que la verdad.

Uno de los requisitos más importantes para manejar correctamente la verdad de Dios es el temor del Señor. No se trata de un miedo servil, sino de una reverencia profunda, una conciencia constante de que Dios ve, oye y pesa cada palabra que sale de nuestra boca. El predicador o maestro de la Palabra no es un comunicador cualquiera: habla como

portavoz del Altísimo, y no debe importarle la opinión de la gente, sino la de nuestro Señor.

Isaías 66:2 nos da una clave: *“Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra.”* Solo quien tiembla ante la Palabra puede proclamarla sin alterarla. Solo quien se ha quebrantado en el lugar secreto puede pararse con autoridad en el lugar público. Dios no respalda el conocimiento orgulloso ni la elocuencia vacía, sino la fidelidad humilde.

Podemos recordar a hombres como Jeremías, llamado a predicar mensajes impopulares en medio de una nación que ya no quería oír. Su ministerio estuvo marcado por el rechazo, la soledad y la oposición de otros profetas, pero también por una fidelidad incuestionable. Jeremías no suavizó el mensaje del juicio de Dios, aunque le costara lágrimas, persecución y cárcel. Su pasión era ser fiel a lo que había oído de parte de Dios, sin pretender ser popular ante los hombres.

Otro ejemplo notable es el apóstol Pablo. En **Hechos 20**, cuando se despide de los ancianos de Éfeso, dice con integridad: *“No he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios” (Hechos 20:27)*. No una parte, ni solo lo que agrada, sino todo. Su lealtad no estaba con la tradición ni con la opinión pública, sino con el mensaje del Reino. Por eso pudo decir: *“Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos” (v. 26)*. Estas son palabras que

solo puede pronunciar quien ha predicado la verdad sin temor ni reservas.

En nuestros días también hay hombres y mujeres que han decidido permanecer fieles a la Palabra, aunque eso les haya costado influencia, popularidad o ciertas plataformas. Algunos predicadores han salido de grandes movimientos eclesiásticos porque no podían seguir siendo cómplices de un mensaje adulterado, centrado en el hombre en lugar de en Cristo. Han perdido aplausos, pero han ganado la aprobación del cielo.

Sin embargo, también vemos lo contrario. Hay quienes comenzaron bien, con celo y fidelidad, pero al ver crecer a los que predicán mensajes “light”, suavizan su contenido, esquivan doctrinas difíciles como el juicio, el arrepentimiento, la cruz, la santidad y las demandas del Padre. Al final, algunos terminan siendo populares o financieramente prósperos, pero como todos, un día tendrán que mirar al Señor a los ojos. Por eso, es mejor no perder de vista el galardón final.

Un líder no puede depender solo de lo que siente o de lo que ha oído de otros. Debe estudiar con profundidad, orar con pasión, escudriñar con honestidad. La formación doctrinal sólida no es un lujo, es una necesidad. Hoy muchos errores doctrinales se cuelan porque los líderes no tienen discernimiento ni herramientas para evaluarlos.

Es fundamental volver al estudio de la Palabra, pero por sobre todo, debemos volver nuestro corazón a Dios. Debemos cuidar nuestra intimidad y comunión con el Espíritu Santo, porque es Él, quien puede guiarnos correctamente a la verdad. También necesitamos discernimiento espiritual, porque la mayoría de los errores no son solo intelectuales, sino espirituales, disfrazados de revelación pero nacidos en el alma o en el engaño del enemigo. La única manera de detectarlos es a través de la luz de Dios (**Salmo 36:9**).

Quienes tenemos la responsabilidad de enseñar, no debemos buscar la verdad para tener razón en los debates, ni para lucirnos en el púlpito, ni para demostrar cuán “sanos en doctrina” somos. Debemos buscar la verdad porque es la única que libera (**Juan 8:32**), santifica (**Juan 17:17**), edifica (**Efesios 4:15**) y glorifica a Dios. La verdad no es un arma, es un alimento. No es una bandera de orgullo, es un llamado a la humildad.

El líder que ama la verdad debe estar dispuesto a corregirse, a desaprender, a reformarse constantemente a la luz de la Palabra. Como bien dijo Lutero: “*Ecclesia semper reformanda est*”, que significa: “La Iglesia siempre debe estar siendo reformada”, por supuesto conforme a la Palabra de Dios. El avance de la revelación y los diseños de cada generación, deben dictar las reformas necesarias para una Iglesia efectiva.

Hoy más que nunca necesitamos líderes con convicciones inquebrantables, corazones sensibles y mentes bien formadas. Hombres y mujeres que vivan en la Palabra, que lloren por la verdad, que teman tergiversarla y que estén dispuestos a pagar el precio por proclamarla.

Manejar la verdad de Dios con fidelidad es un llamado que exige mucho más que conocimiento; requiere un corazón humilde y reverente ante el Señor. No podemos permitir que el orgullo o el temor al rechazo nos lleven a suavizar el mensaje que Dios nos ha confiado. La fidelidad a la verdad implica valentía para proclamarla completa, aunque ello implique confrontar, ser rechazados o caminar contra la corriente.

Debemos recordar que no somos dueños de los resultados, sino siervos responsables de comunicar fielmente el mensaje divino. La verdadera transformación no depende de nuestra habilidad para agradar o evitar ofender, sino de la obra del Espíritu Santo que da vida y convicción a quienes escuchan.

Que esta convicción nos impulse a vivir y predicar con integridad, amor y respeto por la Palabra, recordando que la verdad que liberó a muchos antes que nosotros, es la misma verdad que hoy puede sanar, restaurar y transformar vidas, para la gloria del Señor.

Por ello, más que buscar aplausos o popularidad, debemos buscar la aprobación de Dios, manteniendo nuestra

mirada fija en la recompensa eterna. Que cada líder y maestro de la Palabra pueda afirmar, con la conciencia tranquila, que ha sido fiel a la comisión recibida de predicar la verdad y nada más que la verdad.

“Guíame por la senda de tus mandamientos, porque en ella tengo mi voluntad”

Salmo 119:35



Capítulo siete

LA VERDAD PERMITE NADA MÁS QUE EL REINO

“Yo te busco de todo corazón y llevo tu palabra en mi pensamiento. Mantenme fiel a tus enseñanzas para no pecar contra ti. ¡Bendito seas, mi Dios! ¡Enséñame a obedecer tus mandatos! Siempre estoy repitiendo las enseñanzas que nos diste. En ellas pongo toda mi atención, pues me hacen más feliz que todo el oro del mundo. Mi mayor placer son tus mandatos; jamás me olvido de ellos. Yo estoy a tu servicio; trátame bien, y cumpliré tus órdenes. Estoy de paso en este mundo; dame a conocer tus mandamientos. ¡Ayúdame a entender tus enseñanzas maravillosas!

Salmo 119:10 al 17 BLS

No hay Reino sin verdad. Así como no hay cosecha sin semilla ni fruto sin raíz, no puede haber manifestación genuina del Reino de Dios sin un compromiso radical con la verdad de Su Palabra. El Reino no se edifica sobre estrategias humanas, ni sobre experiencias emocionales pasajeras, ni sobre estructuras organizacionales.

El Reino se manifiesta sobre la roca firme de la verdad revelada. Cuando esa verdad es proclamada con fidelidad, obedecida con reverencia y vivida con integridad, entonces el Reino se hace visible entre nosotros. Nuestra responsabilidad en este tiempo es hacer que la valoración por la verdad abra las puertas del Reino de Dios al mundo.

La verdad es el canal por el cual Dios gobierna. Es Su manera de operar, Su lenguaje y Su estructura. Por eso Jesús oró diciendo: ***“Venga tu Reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”*** (Mateo 6:10), y luego afirmó: ***“Tu palabra es verdad”*** (Juan 17:17). No es posible que Su voluntad se haga en la tierra si Su Palabra no es conocida, respetada y obedecida.

El Reino de Dios no se manifiesta por imposición, sino por revelación. Esa revelación ocurre por medio de la verdad. No podemos fabricar el Reino con métodos humanos ni producir su fruto con agendas carnales. Solo cuando el mensaje del Reino es predicado con fidelidad; cuando se anuncia a Cristo como el único Rey; cuando se llama al arrepentimiento genuino; cuando se enseña la justicia, la santidad, la humildad y la obediencia, entonces el Reino comienza a manifestarse en medio de nosotros.

Donde hay verdad, hay luz. Y donde hay luz, las tinieblas retroceden. La Iglesia ha sido enviada como embajadora del Reino, no para entretener al mundo, sino para manifestar el gobierno de Dios en los corazones y las comunidades por medio de la verdad que libera. No se trata

de imponer liturgias religiosas, sino de exponer la verdad de Cristo y Su Palabra hasta que el Señor mismo reine en cada esfera de la vida humana.

Juan el Bautista, precursor del Reino, no vino con milagros ni con una estructura religiosa, sino con una voz que clamaba en el desierto: ***“Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas”*** (Mateo 3:3). ¿Cómo preparaba ese camino? Predicando la verdad. Confrontando el pecado. Llamando a la conversión. Derribando la hipocresía religiosa. No adornó su mensaje, no buscó agradar a las multitudes, ni rebajó la verdad. Por eso, el Reino se manifestó a partir de su gestión ministerial.

Hoy también, la Iglesia debe volver a levantar una voz profética y bíblica, que prepare el camino para una manifestación mayor del Reino. No con discursos vacíos ni con marketing espiritual, sino con una proclamación clara y limpia, predicando la verdad y nada más que la verdad. Cuando la verdad vuelve al centro, Cristo vuelve al centro. Y donde Cristo es entronado, el Reino es manifestado.

El Reino de Dios no es solo un cambio interno; es una transformación total. La verdad no solo salva almas, sino que también transforma familias, sana comunidades, restaura justicia, rompe cadenas de opresión y desata un nuevo orden espiritual. Pero todo eso comienza por la proclamación y recepción de la verdad, y nada más que la verdad.

En lugares donde la Palabra es predicada con fidelidad, vemos ciudades transformadas. En cada gran avivamiento de la historia, desde Pentecostés hasta Gales, desde Wesley hasta América Latina, la chispa para encenderlos, siempre fue la predicación de la verdad con autoridad y sin mezclas. El Reino no necesita métodos nuevos; necesita mensajeros fieles. No necesita entretenimiento, sino la verdad y nada más que la verdad.

En contraste, una Iglesia que se aparta de la verdad comienza a perder la manifestación del Reino. Cuando el mensaje se centra en el hombre y no en Dios, cuando se predica un evangelio emocional sin arrepentimiento, cuando se buscan resultados más que obediencia, entonces se apaga la llama del Reino.

Jesús reprendió a los fariseos diciendo: ***“¡Ay de vosotros, intérpretes de la ley!, porque habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo impedisteis”*** (Lucas 11:52). Esa llave es la verdad. Cuando se distorsiona, no solo se pierde el acceso personal al Reino, sino que se impide su manifestación en otros.

Los religiosos en la época de Jesús tenían las Escrituras, pero estaban más aferrados a sus tradiciones que a la verdad. El hecho de que el pueblo estuviera cautivo bajo el yugo de Roma, no era otra cosa que el resultado de una autoridad espiritual degradada y débil. Ellos tenían la llave, porque si hablaban la verdad al pueblo y había

arrepentimiento, la libertad llegaba, como tantas veces Dios se los había demostrado.

Hoy en día, muchos anhelan ver milagros, justicia y avivamiento. Pero, ¿estamos dispuestos a predicar la verdad que abre el camino? ¿Estamos dispuestos a vivir en obediencia radical a la Palabra que permite al Rey gobernar? El problema no está en que el mundo escuche un mensaje comprometedor, sino en que lo escuchen los hijos de Dios y reaccionen con gozo ante él.

Está muy bien que prediquemos el evangelio al mundo sin diluir su mensaje, pero primero debemos desarrollar el entendimiento de la verdad dentro de la Iglesia. Un pueblo comprometido con la verdad puede influir en cualquier lugar y cultura. El mundo no puede ser penetrado con un mensaje de complacencia, especialmente cuando el sistema mismo está diseñado para complacer a la humanidad. La Iglesia no debe competir contra eso. Nuestro mensaje puede ser opuesto, pero la autoridad para predicarlo reside en cómo lo asimilamos y cómo lo vivimos nosotros.

Una Iglesia que ofrece al mundo una vida de libertad, a un mundo que vive en libertinaje, es un absurdo. La libertad solo es resultado del conocimiento de la verdad, y la verdad no es lo que todos desean oír. Para el mundo, ser libre significa hacer todo lo que se les da la gana, pero para nosotros, la libertad es hacer lo correcto, y lo correcto solo es la voluntad de Dios.

No se puede hablar de manifestación del Reino sin mencionar al Espíritu Santo. Y el Espíritu nunca opera fuera de la verdad. Jesús dijo que el Espíritu ***“os guiará a toda la verdad”*** (Juan 16:13), y que ***“Él tomará de lo mío y os lo hará saber”*** (v. 14). El Espíritu y la Palabra siempre caminan juntos. Por eso, donde la Palabra es tergiversada, el Espíritu se entristece; pero donde la verdad es honrada, el Espíritu se mueve con libertad y poder.

Una Iglesia saturada de la Palabra verdadera es un templo vivo para la presencia del Espíritu. Y cuando el Espíritu tiene libertad, el Reino se manifiesta: hay arrepentimiento, liberación, justicia, reconciliación, gozo y gloria. El Reino no consiste en palabras humanas, sino en poder (**1 Corintios 4:20**), pero ese poder no se desata sin la verdad.

El mundo puede opinar lo contrario, pero nosotros debemos saber que la Palabra de Dios sigue siendo actual, dinámica y certera para seguir constituyendo una luz para el hombre del siglo XXI. Con el paso del tiempo, es evidente que el Señor no ha dejado caer por tierra ninguna de sus palabras, tal como le dijo a Ezequiel hace unos dos mil quinientos años: ***“Porque yo, el Señor, hablaré, y lo que diga se cumplirá sin retraso. Pueblo rebelde, mientras ustedes tengan vida, yo cumpliré mi palabra. Lo afirma el Señor omnipotente.”*** (Ezequiel 12:25 NVI).

Sin embargo, la Iglesia de hoy debe enfrentar otro problema: el lógico descrédito que el enemigo pretende sobre

todo lo que podamos expresar de parte de Dios. De un problema similar fue advertido el profeta Ezequiel en su época: ***“Hijo de hombre, el pueblo de Israel anda diciendo que tus visiones son para un futuro distante, y que tus profecías son a largo plazo”*** (Ezequiel 12:27 NVI). Este descrédito es provocado por un mensaje desgastado por su mala utilización. La idea de que lo dicho por Dios cobrará significado en una fecha lejana y ajena a nuestras inquietudes, hace que la gente lo menosprecie.

Esta supuesta distancia genera una ilusoria tranquilidad o desatención que invita a nadie a preocuparse por atender lo que dicen las Escrituras, como si fuera el pronóstico de tormentas en Turquía cuando nosotros vivimos en Sudamérica. Ante esa percepción, nadie se compra un paraguas. Si los hijos de Dios no comprendemos la centralidad de la verdad, mucho menos la atenderá el mundo.

Por otro lado, como mencioné en capítulos anteriores, se han abierto tantos medios digitales de expresión, que el uso indiscriminado y descuidado de muchos cristianos solo ha generado descrédito y confusión. Las múltiples versiones diferentes de los tiempos y las circunstancias solo evidencian la ignorancia de los comunicadores. Nadie creerá en una verdad que pretende tener tantos matices.

Durante la pandemia, los medios digitales fueron fundamentales para la comunicación, pero así como otorgaron beneficios, evidenciaron una ignorancia total en los comunicadores cristianos. Se publicaron tantas

interpretaciones de lo que estaba pasando, que la gente concluyó que no teníamos idea de la verdad.

Los movimientos proféticos venían en alza; los eventos y medios estaban desbordando mensajes alentadores. Cuando cayó la pandemia, la gran mayoría de los profetas quedaron con sus obsoletos anuarios proféticos, patinando en medio de un barro que no supieron interpretar. Para colmo, muchos se volcaron a los medios digitales tratando de explicar lo que pasaba, y mientras unos decían una cosa, otros decían otra. Al final, la sociedad comprendió que no había una idea clara, y los hijos de Dios también perdieron la confianza.

Cuando no hay temor, la verdad se diluye, porque se busca decir lo que la gente desea oír. El problema es que la verdad se cumple en el tiempo, y aunque algunos consideren que algunas promesas tardan, lo que el Señor dijo que pasaría, simplemente sucederá. El verdadero problema con una palabra profética es que nos contenga, porque es ahí donde muchos no logran detectarla.

Todos los judíos sabían por **Isaías 7:14** que el Mesías nacería de una virgen. Nadie dudaba de esto, pero el problema fue para José el carpintero, porque su prometida un día llegó diciendo que la virgen que concebiría al niño era ella misma. Creer que una virgen puede quedar embarazada puede ser fácil cuando la promesa viene de Dios, pero cuando la embarazada es tu novia, aun sin haberla tocado, es muy

traumático. Por eso el Señor tuvo que enviar un ángel para hablar con José.

Predicar sobre lo que va a pasar en el mundo no es difícil y suena bien, pero cuando esas cosas nos alcanzan, ahí se ve si realmente creemos en nuestro anuncio. Debemos anunciar la verdad profética y comprender los tiempos que vivimos. Hubo profetas que un domingo profetizaban viajes y expansión, y el lunes estaban encerrados por la pandemia. ¡Eso es bochornoso! Y no debe volver a ocurrir.

En los tiempos de Ezequiel, el Señor fue muy duro con los profetas que no proclamaban la verdad: ***“Ustedes me han profanado delante de mi pueblo por un puñado de cebada y unas migajas de pan. Por las mentiras que dicen, y que mi pueblo cree, se mata a los que no deberían morir y se deja con vida a los que no merecen vivir... Porque ustedes han descorazonado al justo con sus mentiras, sin que yo los haya afligido. Han alentado al malvado para que no se convierta de su mala conducta y se salve... Yo rescataré a mi pueblo del poder de ustedes, y así sabrán que yo soy el Señor”*** (Ezequiel 13:19-23 NVI).

Amados hermanos, los tiempos que vivimos son extraordinarios. El cambio social, cultural, tecnológico y geopolítico debe marcarnos claramente que estamos en tiempos muy especiales. No podemos seguir con nuestras reuniones dominicales y nuestros benditos eventos como si fueran el todo de nuestra tarea. Tenemos un mensaje para el mundo, y ese mensaje es la verdad. No debemos callarnos. Y

si el problema es que los ministros no estamos completamente de acuerdo en esto, debemos evaluarlo, debatirlo y unificar pensamientos, como el Señor mandó:

“Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos os pongáis de acuerdo, y que no haya divisiones entre vosotros, sino que estéis enteramente unidos en un mismo sentir y en un mismo parecer.”

2 Corintios 1:10 LBLA

La manifestación del Reino comienza en lo íntimo, en lo invisible, en los corazones que aman la verdad, que se rinden a ella, que la buscan con humildad y la obedecen aunque duela. Todos los ministros debemos comenzar a intercambiar pareceres y unificar ideas, porque la verdad es una sola. Jesús enseñó que: ***“el Reino está dentro de vosotros”*** (Lucas 17:21), y eso comienza cuando Su verdad reina en nosotros. No puede haber muchas verdades diferentes y el tiempo apremia. Debemos revisar con humildad y colaboración toda nuestra verdad escatológica.

Una iglesia donde la verdad reina, es una iglesia donde el Reino se manifiesta. No se necesita fama, grandes recursos ni escenarios brillantes. Se necesita fidelidad. Se necesita reverencia. Se necesita valor para exponer claramente lo que está ocurriendo y lo que está por acontecer. Se necesita volver a predicar la cruz, el arrepentimiento, la obediencia, la santidad, la esperanza eterna y la necesidad de prepararnos para lo que viene. Y cuando eso sature nuestro mensaje, Dios volverá a manifestarse como en Pentecostés.

La idea primaria de una Iglesia ungida fue continuar la obra de Jesús. Él manifestó el Reino y la verdad con Su vida, y en Su obra redentora nos puso en Él... Hablar de la verdad sin diluir es hablar de Jesús. Él no solo enseñó la verdad, Él es la verdad (**Juan 14:6**). Al hacerse carne, al caminar entre nosotros, nos mostró cómo se vive la verdad, cómo se proclama, cómo se sostiene... y cómo se entrega, hasta las últimas consecuencias, por amor al Reino de Dios.

En Jesús, la verdad dejó de ser una idea abstracta o un conjunto de doctrinas frías. En Él, la verdad se hizo visible, tangible, humana. Cada palabra que dijo, cada acto de compasión, cada confrontación justa, cada silencio obediente, fue una expresión perfecta de la voluntad del Padre. Jesús no acomodó el mensaje; vino a cumplirlo (**Mateo 5:17**). No vino a agradar a los hombres, sino a revelar el corazón del Padre y a establecer Su Reino con fidelidad total.

Desde el principio de Su ministerio, Jesús predicó: ***“El Reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio”*** (**Marcos 1:15**). Su mensaje no fue una invitación genérica a ser mejores personas; fue un llamado urgente a someterse al gobierno del Padre por medio de la verdad. Y esa verdad era radical. No se podía negociar ni diluir. Por eso fue rechazado por los religiosos, incomprendido por las multitudes, y finalmente crucificado por los poderosos de su tiempo.

Jesús no solo habló la verdad: Él la vivió. En su trato con los pecadores fue compasivo, pero nunca permisivo. Enfrentó al adversario con un ***“Escrito está”***, no con argumentos emocionales. Se mantuvo firme cuando fue tentado, no porque tuviera un manual, sino porque Él mismo era la Palabra encarnada. Su vida fue coherencia total entre lo que enseñaba y lo que hacía. No usó la verdad como arma para controlar, sino como semilla para transformar.

Y así, viviendo en obediencia perfecta a la verdad del Padre, estableció el Reino en medio de un mundo en tinieblas. Donde antes reinaba el pecado, trajo perdón. Donde había muerte, trajo resurrección. Donde había división, trajo reconciliación. Donde gobernaba la mentira, implantó el estandarte de la verdad. El Reino no vino con espectáculo ni imposición, sino con la sencillez de una vida consagrada a hacer la voluntad de Dios, cueste lo que cueste.

Como cité en el primer capítulo, en el juicio ante Pilato, Jesús declaró: ***“Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz” (Juan 18:37)***. Esta afirmación resume Su misión: manifestar el Reino dando testimonio fiel de la verdad y nada más que la verdad. Él no negoció Su mensaje ni cedió a la presión del momento. La cruz fue el precio por vivir y hablar la verdad sin diluir.

Hoy en día, la Iglesia está llamada a seguir sus pisadas. No basta con predicar la verdad si no la encarnamos como Él lo hizo. No basta con saber lo correcto si no lo vivimos con

obediencia radical. El mundo no necesita solo mejores argumentos, sino mejores testigos. Hombres y mujeres que, como Jesús, vivan tan comprometidos con la verdad que estén dispuestos a perderlo todo con tal de agradar al Padre.

Jesús nos mostró que la verdad no es solo una doctrina que defendemos, sino una vida que vivimos para que el Reino se haga visible en la tierra. Esa es nuestra misión. Ese es nuestro modelo. Esa debe ser nuestra oración: *“Señor, hazme vivir Tu verdad, y nada más que la verdad, tal como lo hizo Jesucristo, para que venga Tu Reino sobre nosotros y el mundo pueda conocerte...”*

Pilato fue impactado por las palabras de Jesús; por eso le preguntó: *“¿Qué es la verdad?”* (Juan 18:38). Pero Jesús no le contestó. Fue entonces que la verdad fue traspasada por los clavos de la cruz. Fue entonces que la verdad murió... Sin embargo, al tercer día resucitó y fue entregada a la Iglesia para que la demos a conocer al mundo. La verdad nos habita, y nosotros la habitamos para que nos atraviese y se manifieste con poder.

Los hijos de Dios no somos practicantes de una religión; somos embajadores de un Reino que se rige por la verdad. Somos hijos de la Luz, portadores de la verdad y nada más que la verdad. El mundo debe conocerla. No hay tiempo para cristianos tibios que no viven lo que dicen creer. Las oscuras presiones de este mundo no pueden ser resistidas por personas convencidas solo de lo que dice un libro, pero sí

pueden ser resistidas y vencidas por personas que decidan hablar y vivir la verdad y nada más que la verdad.

***“Nada me produce más alegría
Que oír que mis hijos practican la verdad”.***

3 Juan 1:4



CONCLUSIÓN FINAL

***“¡Tus enseñanzas son maravillosas!
¡Por eso las sigo fielmente!
Cuando un maestro las explica,
Hasta la gente sencilla las entiende.
Deseo conocer tus mandamientos;
¡Me muero por entenderlos!
Dios mío, ¡atiéndeme y tenme compasión como
acostumbras hacerlo con todos los que te aman!
Guíame, como lo has prometido;
¡Yo quiero cumplir tus mandamientos!
Salmo 119:129 al 133 PDT***

Este libro ha pretendido ser un llamado a volver a la verdad y nada más que la verdad, A lo esencial de Dios, a lo eterno de Sus mandatos, a la Palabra viva que no cambia. Y si hay una razón suprema por la cual debemos aferrarnos a la verdad, es porque ella es el vehículo por el cual Dios manifiesta Su Reino en medio nuestro. No buscamos la verdad solo para saber más, sino para que Él reine más. No amamos la verdad por orgullo doctrinal, sino porque, por medio de ella, el cielo puede tocar la tierra.

Esta generación está siendo penetrada por una cultura que pretende relativizarlo todo. Es una época donde lo superficial reemplaza a lo profundo, donde lo emocional

muchas veces suprime lo espiritual, y donde lo popular tiende a desplazar lo verdadero. En medio de este panorama, la Iglesia de Jesucristo está siendo convocada con urgencia y claridad, a volver a la verdad y nada más que a la verdad.

La verdad no es una idea que debatimos ni una herramienta que usamos para discutir argumentos; es una persona, por lo tanto, acercarnos a la verdad es, en realidad, acercarnos a Jesucristo, rendirnos ante Su señorío, abrazar Su Palabra y permitir que ella reforme nuestros pensamientos, motivaciones, valores, doctrinas y conductas.

Este libro ha sido un intento humilde pero decidido de despertar nuestra conciencia, de encender el fuego del discernimiento, y de llamar a una generación de líderes, pastores, maestros y creyentes a honrar nuevamente la verdad de Dios por encima de todo. No por nostalgia teológica, sino por fidelidad al Reino. No por tradición, sino por obediencia. Porque si queremos ver el poder de Dios, necesitamos volver a la verdad, y a nada más que la verdad.

Debemos enseñar el evangelio de manera firme pero compasiva, clara pero llena de gracia, confrontadora pero redentora. No debemos empatizar con el pecado, no debemos editar el mensaje para que suene mejor, no debemos negociar la revelación de la cruz. La verdad correctamente enseñada nos lleva a morir para vivir en el poder de la resurrección, nos lleva a renunciar a nuestros intereses para reinar con Cristo, nos llama a obedecer para experimentar plenitud. Y solo una Iglesia formada y transformada por esta verdad podrá

sostenerse firme en medio del caos que se avecina, y ser luz en medio de esta creciente confusión.

Hoy más que nunca, el Espíritu Santo está restaurando un hambre por la verdad, por el mensaje íntegro del Evangelio, por la fidelidad absoluta a la Escritura. No se trata de retroceder al pasado, sino de avanzar con raíces firmes. No buscamos una iglesia más moderna o más entretenida, sino una iglesia más fiel. Porque solo la fidelidad a la verdad atraerá la presencia del Rey, y solo cuando Cristo sea el centro, el Reino podrá manifestarse en gloria.

Este es el tiempo de levantar líderes que no sean híbridos espirituales, que enseñen sin dilución, para que los hermanos se edifiquen sin confusión. Es el tiempo de volver a la Palabra como autoridad, como alimento, como espada, como luz, como martillo, como fuego, como vida. Es el tiempo de quitar lo que sobra, discernir lo que engaña y abrazar lo que permanece.

Que terminar este libro no sea el final de una lectura, sino el inicio de una búsqueda. Que la pasión por la verdad nos consuma, que la fidelidad nos defina, y que el Reino se manifieste en nuestras vidas y en nuestra generación.

La verdad no necesita ser defendida con gritos ni adornada con espectáculos. Solo necesita ser anunciada con fidelidad, vivida con humildad y sostenida con valentía. Y ella, como una semilla viva, producirá fruto eterno.

Ante esto, solo deseo de corazón que cada predicador, maestro, líder o creyente diga hoy con convicción: *“Señor, hágase tu voluntad, venga tu Reino, sea tu verdad la que gobierne en mí, en tu Iglesia, y en esta generación...”* Y que en cada lugar donde se proclame fielmente Su Palabra, el Reino de Dios se manifieste con poder, para Su gloria y la transformación del mundo.

Esta verdad que proclamamos tiene una esperanza gloriosa y segura: la venida plena del Reino de Dios, en la llegada de nuestro Rey, cuando toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. Que esa gloriosa realidad sea la meta y la motivación que sostenga nuestra fidelidad y perseverancia hasta el final.

“Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”

Filipenses 2:9 al 11 NVI



Oración final:

*Señor Santo y verdadero,
Tú que habitas en la luz inaccesible,
Tú que eres la Verdad eterna,
Hoy venimos ante Ti con temor reverente, reconociendo
nuestra fragilidad, nuestra necesidad y nuestro anhelo de
ser hallados fieles en tu presencia...
Te damos gracias por habernos dado Tu Palabra: pura,
viva, eterna, sin error. Gracias por habernos hablado por
medio de los profetas, y en estos tiempos finales, por medio
de tu Hijo Jesucristo, la Verdad encarnada...
Perdónanos, Señor, por las veces que hemos diluido Tu
mensaje para agradar a los hombres. Perdónanos por
haber callado donde debimos hablar, por haber suavizado
lo que debimos proclamar, y perdónanos si en algún
momento hemos temido al mundo más que a Ti...
Hoy, delante de Tu trono, consagramos nuestras vidas,
nuestros ministerios, nuestros púlpitos, nuestras enseñanzas
y decisiones a Tu verdad sin mezcla...
Haznos predicadores valientes, maestros fieles, discípulos
firmes. Haz que nuestro corazón arda por las Escrituras, y
que nuestros labios hablen solo lo que procede de Ti...
Señor, purifica nuestras motivaciones. Libranos del engaño
emocional, de la popularidad vacía, de la mentira
disfrazada de luz.
Danos discernimiento en tiempos de confusión, firmeza en
tiempos de presión, y humildad en tiempos de éxito.
Levanta en esta generación una Iglesia que ame más Tu
verdad que su propia reputación...*

Una Iglesia que no negocie el mensaje del Reino, que no se acomode a las corrientes del siglo, y que resplandezca con la gloria del Evangelio eterno...

Haznos columnas de verdad en medio de la inestabilidad.

Haznos trompetas claras en medio del ruido.

Haznos portadores de la llama que no se apaga.

Que el Espíritu Santo, de Verdad y de gracia, guíe nuestros pasos para caminar en justicia...

Sella esta consagración con tu fuego.

Y que cuando nuestro Rey de reyes regrese, nos halle amando, viviendo y proclamando la verdad, y nada más que la verdad...

En el nombre de Jesús, Amén.



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal **www.osvaldorebolleda.com**](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro
Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

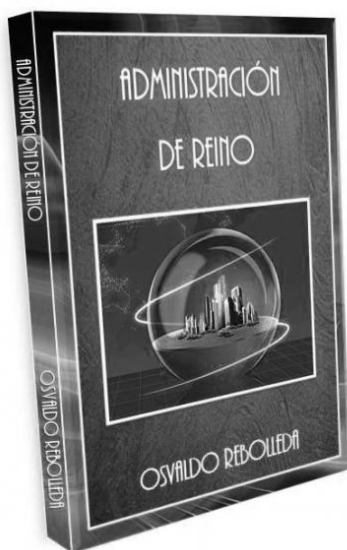
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

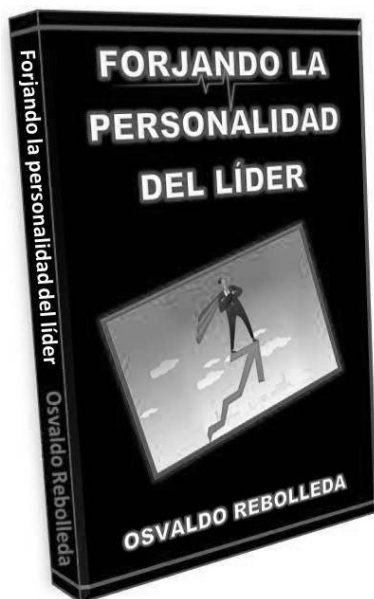
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

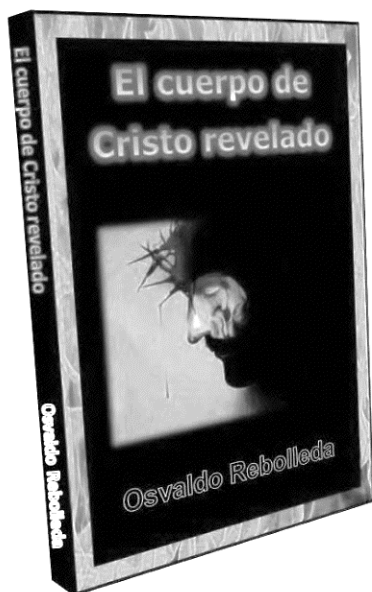
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

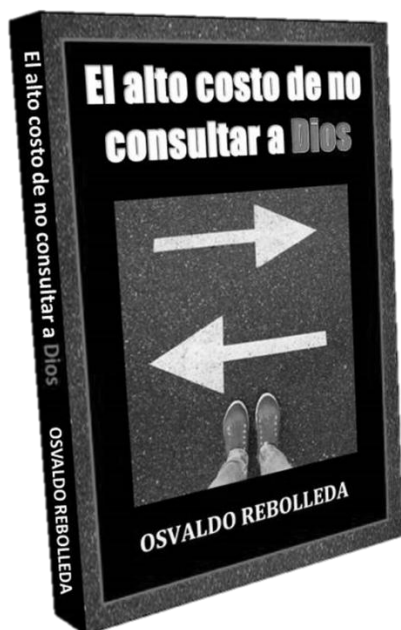


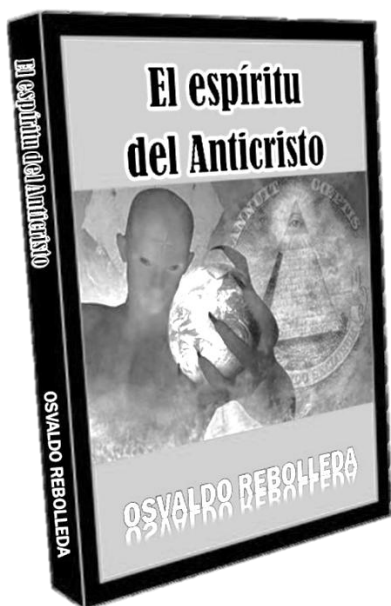
www.osvaldorebolleda.com



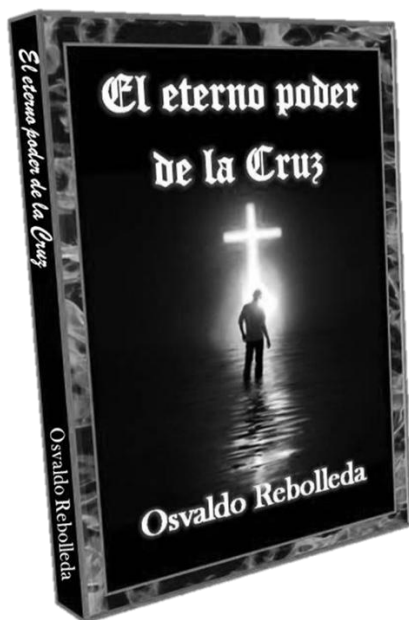
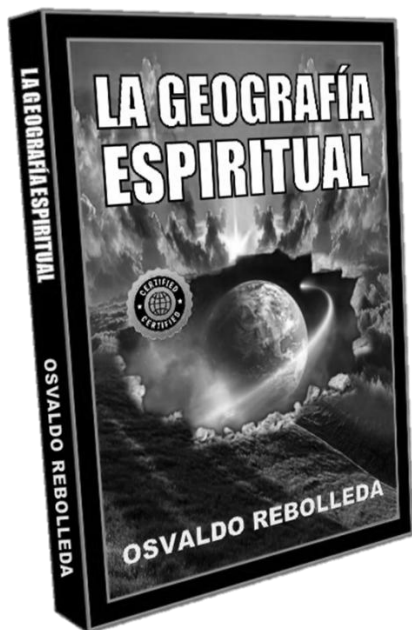


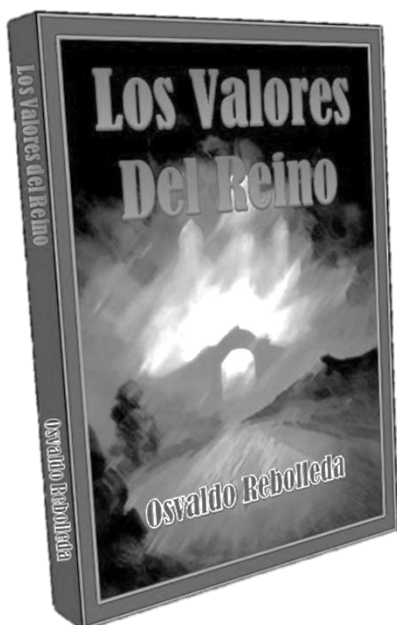
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

